

## El año del tifus



Edorta Jiménez

# EL AÑO DEL TIFUS

Traducción a cargo de  
JOSÉ LUIS PADRÓN



PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA  
Buenos Aires, abril de 2007  
SEGUNDA EDICIÓN DE TXALAPARTA  
Tafalla, septiembre de 2009

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta  
© DEL TEXTO: Edorta Jimenez  
© DE LA TRADUCCIÓN: Jose Luis Padrón

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.  
Navaz y Vides 1-2  
Apartado 78  
31300 Tafalla NAFARROA  
Tfno. 948 703 934  
Fax 948 704 072  
txalaparta@txalaparta.com  
www.txalaparta.com

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA  
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN  
Uxue Comunicación

IMPRESIÓN  
RGM  
Igeltzera poligonoa, 1 bis, A1 pab.  
48610 Urduliz - Bizkaia

ISBN  
978-84-8136-555-9

DEPÓSITO LEGAL  
BI-2564-09



A Martin y a David

LISBOA ES EL ÚLTIMO REFUGIO DE LA LUZ. El sol inventa aquí dos extremidades para apoyarse contra la orilla del río y abalanzar su cuerpo astronómico contra el abismo del horizonte, hacia el fondo mismo en el que el mundo parece perder su argumento de infinito. De tal forma me embaucó aquella visión primera. Claro es que ya tenía noticia de la existencia de un océano insólitamente abierto más allá de aquel límite, pero sabía con mayor certeza aún que aquel océano sería el escenario de mis días de gloria. Pues bien, con la blanca Lisboa a un lado, y el bosque de mástiles de la Gran Armada al otro, reparé en la necesidad de pedir prestado al destino un anticipo de lo que me tenía reservado. No hubo más respuesta que el zambullir del ancla contra el cristal líquido del río Tajo.

Para entonces, una vez el sol hubo alcanzado la posición a la que invariablemente aspira, el rojo del cielo era ya como una herida que gotea sangre. La noche se precipitó vertiginosamente, densa, como un coágulo, renegrida. Sombra incontrolable.

Llegamos por mar, a bordo de una carraca enclenque, la misma que descuella con la gracia de *Nuestra Señora de las Ánimas*, con el aliento de los ingleses a ras de nuca, como de

gaviota voraz, y hostigados por un fantasmagórico nombre en el capricho del eco; Drake. Conocido a los cuatro vientos por su última proeza hacía justo un año, es decir, en 1587. Fue el caso que irrumpió al mando de dos naves en el puerto de Cádiz, y envió al fondo del sueño definitivo a la docena de navíos que allí pernoctaban. Era parte de la flota que el rey Felipe II disponía para la empresa que a punto estábamos de emprender.

Tenía la sensación de que ante aquel nombre, ¡Drake!, incluso mástiles y velas sentían un temor ancestral. Nosotros, obsesionados más que prevenidos, optábamos por no alejarnos nunca del amparo de la costera y, de tener que hacerlo, siempre cedíamos contra nuestra voluntad. Después de lo padecido en Finisterre, donde recibimos la perfilada lección de un ventarrón impensado y oscuro, la decisión de velar cada cual por su pellejo fue instantánea.

Recuerdo haber tenido siempre noticia del nombre de aquel lugar y de lo que representaba; punto final del mundo tierra, Finisterre. Sin embargo, es bien distinto conocer el nombre de determinado lugar y su significado, a que dicho lugar se nos presente ante el armazón mismo de la mirada, tal y como me sucedió a mí. Porque la casualidad o la ventura o el destino, a saber, quiso que en la cercanía de su nebulosa, yo me encontrara afanado a las funciones de gaviero, elevado a la abrazadera superior del palo mayor, variedad de garita que recibe el nombre de gavia, alerta ante cuanto desde ella alcanzara mi vista. Y hoy es el día en el que juro que quien dio nombre a aquel rincón violento y atropellado, acertó con el mejor de los designios.

Hoy es el día en el que nadie me sabe dar razón de qué singular influencia evitó que la muerte pudiera llegar más allá de la vida que se nos ha dado. Y de tener idéntica aptitud humana, lo mismo debió pensar nuestra nao, cuando salvando milagrosamente su tablazón, conseguía también, de manera velada, preservar la del conjunto de hombres que lo ocupá-

bamos, grupo en el que, si he de decirlo todo, mi hombría mostró padecer una salud muy precaria.

Por razones que inmediatamente aclararé, me resulta imposible redactar la crónica exacta de todo lo acaecido en Finisterre. Pero, poco después de abandonar aquella última forma de tierra, el timón viró implacablemente a estribor, al tiempo que la proa, de manera recta, fijó su guía a babor, para finalmente dejarse caer al sur. Rumbo a Lisboa. Es casi todo lo que sé sobre lo acontecido en aquel transcurso.

De no haber sobrevivido a Finisterre, jamás habría encontrado la disposición necesaria para poder afirmar la existencia de embarcaciones capaces de convulsionarse como lo hizo la nuestra, y no desbaratarse allí mismo. Porque la desventura de aquella corriente era debida al viento de poniente, el mismo que en mi tierra natal convertía las salidas a la mar en un imposible, y es precisamente allí, en el lugar exacto donde el infinito fija el ocaso del mundo, donde dicho viento quiebra su vientre materno y, luego, nace. Sí, justo allí prorrumpe el viento del oeste, y al igual que un recién nacido se retuerce, se irrita y se enfurece.

Fuera como fuese, el cielo quiso, además, presentarnos su sonrisa más sarcástica, y romper contra nosotros el agua de sus cien mil cántaros. Horrible diluvio que nos dispuso frente al pórtico del espantoso lugar, y que parecía obedecer a la orden de no ceder hasta extinguir la ceniza misma de todos los braseros del maligno.

—¡Que así sea! —deseé para mis adentros, porque de esa manera, al menos, no moriríamos quemados.

Crejera o no, personalmente, en cualquier forma de infierno terrenal o humano, nos topábamos en el corazón de una de las condenaciones más ásperas y primitivas. Fue en aquella hora que mi mirada perdió su aire indiferente, como de infantil candor, con el que contemplaba hasta entonces los episodios de la mar.

Porque en todo ese tiempo confundí al mar con cualquier otra bestia fácil de domesticar por la autoridad del hombre, pero pronto advertí la desmaña de semejante certidumbre. ¡Es la fiera más indomable! Imagen y semejanza de aquel dragón terrible al que los más veteranos aludían de vez en cuando en sus resueltas historias. Cómo pude superar aquella despreocupación tan mía, tal ingenuidad, es algo que aún hoy también desconozco. Pudo ser que fue entonces que caí enfermo por primera vez, aquejado de almadiamiento o mareo, o bien pudo ser, quizás, que el borbotón incesante de los días acabara por raspar la vaporosa membrana de mis ojos. No sabría decirlo.

La cosa es que siendo yo como era en aquel momento y en aquella carraca el gaviero, me descompuse frente a Finisterre, y vaya si me descompuse. Venía sintiendo fuertes náuseas hasta que acabé vomitando como un infante, pero ni me encontré mejor ni sentí mayor alivio aún con el estómago barrido, sino al contrario, mi palidez y mi pesimismo no hacían sino emplazarme ante las almas del otro mundo. No era para menos. Incapaz de vislumbrar nada en aquel mar del infierno, invalidado para todo aviso de alerta, tuvieron que subir a socorrerme, bajar conmigo sobre sus hombros, y conducirme hasta mi yacija. No me quedó más remedio que paladear arrojado sobre un colchoncillo la delicia indefinida de mis primeros deseos de gloria, el persistente sueño de encontrar en los grandes veleros mi tiempo de fortuna.

Latentemente difunto, imploré una muerte rápida y complaciente, ya que nadie podía negarme entonces que la fuerza incomprensible de la mar acabaría por arrancar, uno a uno y de cuajo, todos los remaches, separar, una a una y de golpe, todas las cuadernas, y acabar por convertir la nave desbaratada en nuestro extravagante cementerio submarino. Sin embargo, no fue la muerte quien me libró de aquel brete.

Para dicha de mi dolencia, nos acompañaba a bordo aquel a quien conocíamos con el título de *El Cirujano*, y que tenía



de nombre Martín, nombre de pila igual al de mi íntimo amigo que había quedado en tierra, e idéntico al de tantos otros en aquella Armada. Martín, nombre preferente para los cristianos del mundo, o en su defecto Juan, como si atreverse con cualquier otro fuera una herejía.

Lista de nombres propios aparte, el tal Martín recibió la orden de velar por mi salud, por lo que puedo concluir que fue él quien me salvó.

—¡Mar infernal! ¿Quién esperaba algo así? ¿No te parece? ¿Qué piensa nuestro joven gaviero? —le oía decir durante las pocas ocasiones en las que podía correr las cortinas del delirio y aparecer a este otro lado de la existencia, recordándome así en qué menesteres me había sorprendido el ya insigne almadiamiento, o mal de mar, como le dicen algunos.

Martín, natural de Mihurubi, viajaba en condición de cirujano, como ya he apuntado, pero también atendía las labores de marino, como pude saber poco antes, justo el día de mi embarque. Y era eso, precisamente, lo que más me maravillaba de aquel hombre macilento y espigado, su capacidad para poder llevar a cabo dos tareas aparentemente tan dispares entre sí al mismo tiempo, algo que difícilmente cabía en mi infortunado entendimiento. Resulta que nuestro cirujano y el hombre al que vi encaramarse al palo mayor nada más puse el primer pie sobre la carraca eran la misma persona.

Ahora bien, confieso que en una batalla como en la que a punto estábamos de intervenir, las funciones de un cirujano se destinaban más a las de cualquier otro marinero forzado a rajar los trapos y cordajes de la nave, cortar un bramante o coser dos pequeños trozos de tela, que a las propias de alguien entregado a despojar de las garras de la muerte a enfermos y heridos.

—Mientras la guerra no me pida cuentas, yo, marinero. Pero ahora, aquí, contigo, ni marino ni cirujano, sino brujo; al menos, por ahora.

Sentenciaba Martín de Mihurubi, y rompía a reír, y bromeaba con el significado de la palabra brujo, sí, pero no por ello podía evitar aquel sentimiento de aprensión que su sentido de humor provocaba en mí, porque definirse uno mismo como brujo era poco menos que cobijarse voluntariamente en camisa de once varas. ¿Acaso no tenía la Inquisición, brujos, pitonisas, magos y equivalentes, entre sus presas más deseadas?

Sin embargo, ni una vez ni dos, sino varias veces me resbaló la lengua llamando al amigo cirujano y marinero Martín brujo delante de todos.

Afortunadamente, los miembros de la tripulación desconocían el porqué de aquella expresión, y no me prestaban la menor atención. Jamás oí que nadie se dirigiera a él con ese sobrenombre, aunque poco más tarde sí hubiera quien lo mentara con peor saña. Pero eso es un hecho que sobrevino con posterioridad. Entre tanto, muchos eran los que parecían guardarle un respeto especial, apreciación personal que el tiempo se encargaría de valorar en su justa medida, hasta el punto de saber con certeza quién lo quería de verdad, cuánto y por qué; sobre todo, cuando el resto dejó a las claras su total aversión hacia él. Pese a la advertencia del propio Martín, que no me lo decía en balde.

—¡Cuidado con los apodos! —me apuntó en una ocasión que departíamos a solas.

Y apuntaba bien, porque todos nosotros somos muy dados a los apelativos, motes y apodos, y basta que todo arquero socarrón lance al aire cualquiera de sus flechas emponzoñadas con extracto de zumba y humorada, y que su zumbido llegue a oídos de otro, para que lo mentado por su arco acabe adquiriendo carácter y vida propias. Y si el beneficiario de la guasa muestra un palmario síntoma de ofensa o de sofoco, es entonces cuando el arquero burlón celebrará enérgicamente su puntería y la persistencia de la patraña arrojada. Porque siempre será más sencillo desapuntalar el

palo mayor de un cañonero, que quitar a nadie un mal nombre. Para que esa persona pudiera recuperar su buen nombre, literalmente, habría que vaciar la mar, y restregar todo su fondo.

Con todo, yo seguí tratando a Martín de Mihurubi como *brujo*, de una manera viva y persistente, pero también, algo después, y hasta el día de hoy, como *maestro*, porque si algo nos permite la voz interior que nos acompaña a todos es, sobre todo, que podamos designar a quien queramos como más nos plazca. Pero dejando a un lado, por ahora, el cuándo y el por qué empecé a ver en Martín a mi *maestro*, el apelativo de *brujo* contra un hombre como Martín, sobre todo, para alguien como él, era absolutamente desafortunado. Aunque, finalmente, por lo que se ve, decidió pasar por alto mis imprudencias, y no volvió a mencionármelo. Mejor así, porque lo que pude saber con el tiempo sobre su condición y categoría me instruyó sobre el auténtico peligro que conllevaba el célebre apelativo. Entre tanto, claro está, apenas si sabía nada sobre Martín. Digo apenas, porque algo, algo sí que sabía: él me había curado.

Durante mi convalecencia, Martín adquirió el hábito de sentarse al borde de mi yacija, secarme el sudor, y darme a beber un brebaje que me hacía conciliar el sueño inquebrantablemente.

Despertaba y, afectado dulcemente por el maravilloso efecto de la pócima, le interrogaba sobre su composición, a lo que contestaba que simplemente era una miscelánea de hierbas, respuesta que me animaba a seguir insistiendo. Entonces era él quien me preguntaba a mí sobre cuál creía que sería el nombre más indicado para designar aquel brebaje.

—Adormidera —le indiqué un buen día.

—Bien, Hernando —corroboró él—. O, ¿he de llamarte Sebastián? Y, ¿quién es esa tal Inés? No has hecho más que repetir su nombre.

No suelo recordar los sueños, pero aquel brebaje me los recapitulaba como a través de un vidrio incierto y espeso. Me parecieron tan enredados que opté por no darles ninguna trascendencia. Y de hablar dormido y en voz alta, no tenía ni idea. Me sonrojé hasta el extremo de casi quemarme los pómulos, incómodo ante la posibilidad de haber convertido a Martín, sin querer, en cómplice de mis más íntimos secretos.

—Queda tranquilo, no has dicho nada que no debas. Para mí eres Hernando, igual que para el resto. No lo olvides: el nombre no dice nuestro ser. No es sino una máscara; el paramento, solo eso. Somos lo que nuestro ser es dentro de nosotros mismos —estableció con una pícara sonrisa.

En aquel momento no acerté a descifrar el porqué de aquella mueca. Tampoco me atreví a preguntarlo. Nada, ni sobre aquel gesto ni sobre las hierbas anestésicas. Aunque, muy pronto, pude saber que el uso de la adormidera es bastante común en distintos rincones del mundo, entre ellos, el nuestro. La cuestión es que era con las hojas de esa planta que preparaba su brebaje, y que se trataba de una especialidad de la que yo nada sabía, por lo que no dudaba en insistirle por el lugar de procedencia.

—Es originaria de Oriente, pero a veces proviene del sur —lo explicaba como sin querer aclarármelo del todo—. ¿Sabrás guardar un secreto? También abunda en nuestra tierra, pero no tiene la misma magia.

Escuchar la palabra «magia» de labios de aquel hombre me produjo un sobresalto inexplicable, a pesar de que desconocía la orden de prohibición que se cernía sobre el uso de aquella planta. Sí tenía ya mis propias sospechas; dudas alimentadas por el misterio mismo con el que Martín disolvía todas sus aclaraciones. Pero lo mío era persistir, que me contara de una vez por todas quién era la persona que le hacía llegar la adormidera. Y lo suyo era contar historias fantásticas que aún hoy sigo sin saber si son producto del trance, o son consecuencia de los efectos de la adormidera. He sabido

guardar el secreto, la adivinanza de una planta que disminuye el dolor físico y la angustia espiritual hasta el punto de lo liviano. De haber coreado lo que Martín me contaba, es decir, que de la adormidera emana la leche misma del paraíso, aunque sea cierto, mi condena sería indudable: pecador.

De otro modo cómo se explica la potencia somnífica de su cocimiento, el dulce augurio con el que destraba los nudos del cuerpo, y el medido balanceo con el que caracolea y seda los sentidos. La adormidera origina una flojera caprichosa y floreada, una pereza desprovista de cansancio, como de viento luminoso y pujante abriéndose paso desde el pecho hacia dentro. Los destinos inexorables del cuerpo y del alma consisten entonces en caer, tarde o temprano, en sus manos. Tal es así, que precipitado vertiginosamente como estaba a la pereza y a la desidia más absolutas, mi estómago perdió incluso la encopetada necesidad de evacuar lo mayor, evitándome de esta forma tener que salir por mis propios medios a la parte de proa, cerca del bauprés, o a los alrededores del alcázar de popa. Se trataba de no imitar las costumbres del resto a toda costa, excluyendo a Martín, que se dedicaban a resolver sus necesidades menores y mayores entre las hamacas y yacijas o contra cualquier recipiente nauseabundo, para luego arrojar las secreciones al mar a través de las escotillas, eso quienes lo hacían, y si no por la borda directamente, a lo sumo una vez al día. Podía sobrellevar el hedor de lo ajeno, más o menos, pero el mío propio se me hacía insoportable. Orinar, sí, orinaba recostado contra una especie de vasija que el propio Martín se encargaba de lavar varias veces al día. Él, Martín, era el único miembro de la tripulación que cumplía con las exigencias solitarias del cuerpo verdaderamente en soledad, siempre con suma formalidad, invariablemente oculto a los ojos de los demás, buscando el resguardo de la negrura y el de los ángulos callados.

¡Qué bondad la de aquel hombre! Como Cristo ante los pies de sus apóstoles, así solía humillarse Martín de Mihuru-

bi contra el borde de mi yacija y, gracias a su abnegación pude salvarme yo. No obstante, cuando juzgó que ya estaba curado, me dijo, sin dudar, que podía sentirme afortunado.

—¿Por qué lo decís, Martín? —al no poder evitar preguntárselo, tuve que oír una respuesta sobrecogedora.

—Francamente, he estado preocupado por ti, Hernando, muy preocupado. Porque, al principio, parecía un pasmo marino, sí; pero luego —dudó un instante si decírmelo o no—, te sobrevino la fiebre, y no una fiebre normal. Pero, claro, no te has dado cuenta. Eres demasiado joven, aún estás demasiado verde, te falta mucho mundo todavía. Has pasado días inconsciente y sudando a mares, pero tu sudor era frío como el hielo: eran como gotas de cristal escarchado. De seguir con la misma fiebre un día más, no lo habrías contado.

—Pues, la verdad es que no recuerdo nada. Y, ¿cómo puede ser tener tal suerte de calentura y que el sudor sea tan frío?

—Porque el aliento de la muerte es a veces cálido, pero sus manos son glaciales siempre. Es una de sus artimañas.

—¿Y? —insistí sin poder disimular el pavor que me había provocado la palabra «muerte».

—Que ese frío fatal para el cuerpo no te ha tocado de casualidad. Por eso insisto en que has tenido mucha suerte.

—Entonces, seguro que de sufrir una nueva recaída —le interrumpí—, me cogerá mucho más débil.

—No, necesariamente. Es innegable que este tipo de fiebre comporta una contraseña de algo que te ha hecho más fuerte. Has estado en puertas del otro mundo, diría, incluso, que has llegado a tocarlo con la punta de un pie, pero el resto del cuerpo se ha resistido, te has rebelado, y has podido regresar victorioso.

Instintivamente, saqué los dos pies de debajo de las fundas de lo que no era ni siquiera un camastro, por ver con cuál de los dos pude pisar el otro mundo, seguro de que debería encontrarme grabada alguna quemadura.

—¿Qué buscas? —Martín de Mihurubi me lo preguntó con una leve sonrisa de extrañeza.

—Viendo cuál es el pie con el que he pisado el otro lado, debería estar quemado —le contesté.

—No es más que una manera de hablar —y palpó mis pies, suavemente—. Aún sigues bajo los efectos de la adormidera.

Mi cambio de humor fue instantáneo. A saber hasta cuándo durarían los efectos de la adormidera, y si no me estarían volviendo loco en realidad. Todo aquello sonaba raro. No entendía nada. Y así se lo dije.

—¡Maldita sea, Martín! Habláis de puertas, de pisar con un pie el otro mundo, de todas esas cosas, y yo no entiendo nada.

Tuve la impresión de denunciar algo que no debía, porque Martín tardó en contestar más de la cuenta. Dejó de frotarme los pies, y me miró a los ojos, fijamente, largo tiempo. Parecía querer evitarme el mal trago de no tener más remedio que atender su réplica, de ahí que mascara él primero las palabras adecuadas hasta desmenuzarlas, con parsimonia, para que no me atragantara con ellas, como el ave que da de comer a sus polluelos personalmente. Todo ello me hizo recordar al sabio Zubiaur. Él sí, él sí que hubiera vislumbrado sin problema ninguno los distintos derroteros de un discurso. Sin embargo, Zubiaur, quien fuera mi maestro en asuntos navales, ahora estaba lejos.

—¿Alguna vez has visto cómo se trabaja el hierro? Para hacer un clavo, por ejemplo, hace falta calor, porque al hierro se le da forma cuando está incandescente. Pero sin olvidar que, una vez hayamos actuado sobre el hierro candente, hay que sumergirlo en agua. Y, ¿qué conseguimos? Acero, más fuerte incluso que el hierro. Después de tu estado febril, has pasado a ser como el acero. Dicho de otro modo: has ingerido una gota de veneno que te ha hecho inmune a los ataques de otras gotas de veneno. Te he comentado que has tocado con un pie el otro lado, simbólicamente. Pero lo que no se puede negar es que esa fiebre te ha refortalecido de cuerpo entero. A

partir de ahora verás cómo a tu alrededor la gente enfermará por una causa u otra, por un veneno u otro, factores que a ti no te causarán ningún daño.

Esas últimas palabras, y dejando a un lado el hecho de que mi experiencia con el pórtico de la muerte podría salvarme o no de muchos riesgos, despertaron en mí un deseo palpitante de confesarle mi secreto, es decir, que yo sí estaba entre los que en verdad habían oído el canto de las ballenas, y no una, sino dos veces, y que estaba seguro de que era aquello lo que, en verdad, me protegía. El haber escuchado la voz de las ballenas hasta dos veces, aunque la segunda vez la ballena muriera poco después.

No se lo revelé. Al contrario, dejé que se expplayara a gusto, y lo hizo a modo de profeta, al menos así me lo pareció, porque siempre que volvía a la lectura del libro que me regaló Aguirre me acordaba de aquella manera suya de exponerse. Aunque la manera de hablar que tenía Martín de Mihurubi no era la del profeta, sino la del sabio. Me fui percatando de ello al tiempo que pude ir leyendo, no solo el que me había regalado Aguirre, sino muchos otros libros. Pero esto también lo contaré después. Lo que sí puedo asegurar ahora es que grabé aquellas palabras en mi memoria al rojo vivo, tal y como hice al oír el fragor de los cañones de nuestra *Ánimas* por primera vez y casi última.

—¡Por todos los cuernos universales! —dijo mi sanador al escuchar los cañonazos— Nuestro Juanico se está divirtiendo. Levántate, ya estás curado: te presentaré al dichoso Juanico

Sané, por fin, y tuve tiempo para digerir lo acaecido hasta entonces, que no era poco. Y resolví que entre lo sufrido durante el viaje a Lisboa lo peor no fue librarnos milagrosamente de naufragar contra la costa de Finisterre, ni siquiera mi propio padecimiento, sino lo anterior a todo ello. El recibimiento que el capitán de la carraca me dispensó nada más verme, sí, eso fue, seguramente, lo peor del viaje.



*NUUESTRA SEÑORA DE LAS ÁNIMAS*, A LA QUE SIMPLEMENTE apodábam<sup>os</sup> la *Ánimas*, partió desde Pasajes con órdenes precisas de llegar a Lisboa bien cargado, y sin demora. Algo absurdo.

No obedecer ese tipo de órdenes, encargos urgentes y demás recados era grano de diario. En lugar de emprender viaje hacia su destino, la carraca viró, primero, rumbo a Getaria, para recoger allí a un grupo de navegantes, entre los que debía figurar mi primo Hernando. Enseguida alcanzó el puerto de destino, y allí recogió a los hombres, a todos, excepto a mi primo.

Llegar a Lisboa con un cristiano menos que los fijados por el rey suponía una falta grave, correctivo incluido. Fue la propia familia quien, salpicada por el torbellino de la culpabilidad, confesó al encolerizado maestro que el ausente, Hernando, se hallaba en Mundatxa y que, en cualquier caso, quien habría de ir a la Gran Armada, su sustituto, ¡era yo mismo! Y me encontraba, como el propio Hernando, lejos de allí.

El maestro, Juan Sanz de Basurto, no era natural de Getaria, sino de una noble torre próxima a la localidad; aún así, conocía bien a Hernando y su familia, todos descendientes de un mismo antecesor. Todos retoños de un mismo tronco,

tanto los de la torre como los del puerto, tanto los de la calzada como los de los caseríos, pero como es norma en nuestra tierra, solo uno de los sucesores era el mayorazgo, y el resto sus vasallos. Pues bien, por el honor y buen nombre del mayorazgo, Juan Sanz de Basurto entendió que aquel marino de tres al cuarto no le podía fallar, a quién y a él. Necesitaba un hombre para llenar el cupo, y nada de este mundo le iba a hacer renunciar a él.

El capitán dio orden de tomar rumbo a nuestro pueblo natal con el firme propósito de recoger a su último hombre, pero sin dar noticia a la tripulación de quién se trataba. Aunque todo se sabía sobre la cantidad de jóvenes guipuzcoanos que habían escapado durante los años previos, huyendo del llamamiento a levantar hombres para la Armada que se estaba aprestando.

Y, si bien, llegar hasta mi pueblo natal para rebuscarme significaba retrasar el ataque en Lisboa más de lo debido, había sobrados motivos que lo justificaban, pero que nada tenían que ver ni con el honor ni con la debida lealtad para con las ordenanzas.

Tener que pasar por Bilbao para recoger las provisiones, tal y como ya estaba previsto antes de caer en la cuenta de la ausencia de un hombre, presentaba una buena oportunidad para torcerse hasta allí sin perder demasiado tiempo en el desvío. Así que todo fueron prisas y sofocos, aunque el maestro insistiera, más tarde, en que de no verse obligado a repostar en Bilbao no se hubiera alejado de su ruta en busca de nadie, ni mucho menos.

Algo que hoy me resulta inconcebible en él, porque perdiera o no el mayorazgo de la casa Basurto parte de su buen nombre, la verdad es que el castigo que le podría suponer aquella ausencia no sería, precisamente, leve. En Lisboa debían sumar tantos hombres como los enganchados o alistados por la Gran Armada, la misma que se dio en llamar *La Felicísima*, de lo contrario el rey se reservaba su sentencia: cofradías o puertos

sufrirían la retirada de las patentes de corso, tantas como ausencias o deserciones. Difícilmente ningún maestro iba a olvidar ahora sus obligaciones, y mucho menos Juan Sanz de Basurto.

No en vano, fue el propio rey Felipe quien ordenó a todas las naos de la designada *Muy Leal Provincia*, que permanecieran trincadas en los muelles. Todos aquellos hombres, cuyo pan de cada día dependía directamente del trabajo en la mar, estuvieron inmovilizados en las naves de carga, la *Ánimas* entre ellas, o en las de las pesquerías, durante dos, y hasta tres años, con la excusa por parte de las autoridades de que no se podía saber con exactitud cuándo serían necesarios sus servicios. Así que tampoco el cielo se rasgó las vestiduras al observar cómo muchos pescadores y marinos abandonaban sus puertos de origen hacia el otro lado del Bidasoa, y también hacia puertos de Bizkaia, tal y como hizo mi primo Hernando. Sin embargo, el maestro, desconocía que Hernando hubiera abandonado su puerto natal, lugar de su presunto embarque, y que quien lo sustituía en su obligación con la Armada fuera ahora yo. Y aunque quien vive en torre noble ve a los demás con la mirada del águila, como diminutos ratones, seres insignificantes casi, un águila no hace ascos a nada.

El día en el que la *Ánimas* hizo su aparición frente a nuestra bahía, yo, Sebastián de Zubileta, porque así me bautizaron y concedieron, me encontraba observándolo desde la chalupa de Bitoriano sin parpadear. Me hallaba en aquel modesto cascarón sujetando al hombro un morral aún más pequeño y sencillo, pero que aún hoy me resulta mucho más apreciable que todo lo que después he podido ver en el interior de otros más ostentosos y sobrados.

Allí guardaba un cofre con los instrumentos de navegación, como el compás y otros utensilios náuticos, regalo del maestro Zubiaur, y guardaba también una excelente carta del mundo conocido que él mismo me había dado. Con el cofre, traía igualmente un libro que reunía dos obras bajo una

misma funda, presente del señor Aguirre. Y un obsequio que por nada del mundo podría olvidar, regalo de mi amigo Luzien de San Juan: una pelliza de cuero hecha con hilo gordo y aceite grueso, algo nunca visto por aquellas costas. También traía harapos con particularidades de ropa interior, a modo de muda para aquellas menos andrajosas que entonces vestía. Todo ello bien apilado por mi madre en la entraña de un costal deslucido.

Pero no era momento para preocuparme por el morral, seguramente. Estaba a punto de sumarme a la Armada, suplantando a mi primo Hernando, el cual quedaba en tierra, pero con una identidad que no era la suya, sino la mía: *Sebastián de Zubileta*. Me daba igual. Como tampoco me importaba que el nuevo Sebastián de Zubileta fuera ya dueño o no de mi querida Inés. Qué lejos me sentía ya de los asuntos terrenales, y cuán cerca de mis días de gloria. ¡El viento parecía, por fin, el que despliega a los grandes veleros!

Sí, una gran nao era lo que yo esperaba, pero lo único que divisé fue la célebre carraca, que parecía enviada a castigar la mecánica de todos mis sueños.

Claro que, al lado de nuestras chalupas, aquella parecía una nave formidable. Aún así, desde lejos sólo creí distinguir lo que parecía su único mástil, el árbol mayor. No puede ser, pensé. ¡Un barco tan grande y con un solo palo! No obstante, al acercarme, cambié de impresión notoriamente. Aquella *Ánimas* de tres mástiles mostraba en proa la figura de un ángel de la guarda, como su nombre apunta, y me pregunté si las almas de las personas acaban siempre convirtiéndose en ángeles. Pero no estaba para entretenerme en divagaciones y en la contemplación de aquella figura, sino en la admiración de su arboladura y el resto de sus aparejos.

Además del palo mayor, la carraca *Ánimas*, como acostumbra en todas, tenía otros dos palos; el conocido como mesana o palo de popa, y el señalado como trinquete o palo de proa, y junto a este, horizontal y prominente, el bauprés.

—Padre, Hijo y Espíritu Santo, trino; ¡y aún así, Dios y uno! —fue lo que me sugirió la visión de la nave.

Me conmovió encontrar en él la revelación del Todopoderoso y sus tres puntales, lo confieso. Y agradecí, al ver el porte del buque, el embuste de mis ojos, y lo inmediato de mi ingreso en aquel navío a la altura de lo que siempre había soñado.

Sacudido por su garbo, incluso me olvidé de quién era, y que a punto estaba de enrolarme suplantando a mi primo de Getaria, Hernando, y que lo hacía con su nombre y consecuencias. Había visto naves semejantes anteriormente, en muchas de aquellas salidas con mi tío Juan hacia Lapurdi o a la vecina Cantabria. Pero verla pasar ante tus ojos, y verte asomado a una de sus bordas era como el estreno de una fábula. Más aún, si el barco venía recién acabado de Génova. Nuestras naos, por supuesto, también eran garbosas, tanto en Bermeo como en Lekeitio, o en Deba y en Mutriku, ¡pero aquella!, lucía un velamen dotado de un esplendor único.

Ojalá mi tío hubiera podido verme encaramarme, al igual que un gato, a la popa de una nao de tres palos, tirando de aquel pesado fardo como si de un saco de plumas se tratara. Mientras subía, me sobrevino como un relámpago la duda de cómo sería a partir de entonces mi nuevo yo, mi recién abordada identidad. Decidí aguardar mi propio futuro al amparo de aquel libro y la casaca de cuero, y dispuesto en el recuerdo de quienes me los regalaron. Enseguida estaba concentrado nuevamente en el porte y en las medidas del buque de la nao.

Tres mástiles, y en cada uno de ellos, dos velas con forma cuadrada, de las que llamamos redondas. Las imaginé tensadas como un arco e intenté un cálculo sobre la velocidad que podrían imprimir a la carraca. Según mis cálculos, no tardaríamos en llegar a Lisboa; ¡surcaríamos el mar como una flecha! Tanto era así que, eufórico como estaba, ya me entreveía en Inglaterra.

—¡Alabado sea Dios! —consideré para mis adentros, aunque al rato tuviera que rectificar e inclinarme por el diablo.

Observé los cañones de lo que yo mismo había comparado con el Todopoderoso: cuatro por cada costado. Y mentiría, si dijera que lo que sufrí no fue un pronto de pavor.

—¡Espabila, Hernando! —la voz me importunaba desde uno de los costados.

—Yo no... —que no era Hernando, a punto estuve de confesar.

Me mordí la lengua, y proseguí proa arriba en silencio. Y nada más puse un pie en la borda, vi los ojos de quien me berreaba. Emanaban fuego. Una llama de rabia.

—¡Por todos los demonios de los siete infiernos! —vociferó.

Pensé que me iban a arrojar al mar allí mismo, como tira el pescador el pez dañado que ha mordido el cebo, maldiciendo incluso el acto de retirarle el anzuelo. Y yo era allí el maldito pez dañado, y el origen de su rabia.

—¡Aguarda, aguarda! —otra nueva voz pretendía tranquilizarme.

Era una voz dulce y, al mismo tiempo, decidida. Me quedé inmóvil, titubeando, ni para arriba ni para abajo, intentando adivinar de quién sería, si la del maestre o la de algún otro tripulante. Hasta que la misma voz regresó con una orden:

—¡Sube! —me obligó.

Subí y, por un momento, mantuve la misma postura, una pierna sobre la borda, y otra contra el vientre firme de la nave, quieto. Observé a los tres hombres que tenía frente a mí, sin saber qué hacer con el viejo morral.

—¿Piensas quedarte ahí? —ahora sí sabía quién me había ordenado subir.

Puse los dos pies sobre la cubierta.

—¡Levar anclas! —rugió aquella voz que acompañaba a la segunda más dulce.

Ahora era el maestro. El otro, quien me había ordenado que subiera, se retiró hacia la proa, a donde el ancla; era Martín de Mihurubi, a quien todavía no tenía el gusto de conocer.

Entre tanto, el tercer hombre, que parecía tener mi misma edad, había permanecido mirándome con la boca abierta, sin pronunciar una sola palabra. Pero a la orden de levar anclas, me lanzó un último vistazo y desapareció mástil arriba, a cumplir con las responsabilidades de gaviero. Como sabría más tarde, era uno de los tres hijos del maestro que viajaban en el barco.

Levar anclas, brindar una vela al viento, y allá partimos lentamente, con donaire, gozosos sobre la filigrana de la mar, y con los ojos abiertos como moluscos, me despedí de todo el paisaje, ensimismado. Adiós chalupa de Bitoriano, que se aparecía ahora diminuta como una almeja, adiós querido pueblo que me vio nacer, ahora tan pequeño y lejano como un nido de gaviotas. No hubo tiempo para mayores ceremonias.

—¡Sígueme! —ordenó el maestro.

Me apresuré hacia el alcázar de popa. Yo con mi viejo fardo cerrado, y el maestro con su genio renovado y abierto. Le seguí sin decir palabra y, de pronto, bajo la entrada del castillo, cubierta de flores secas, asomó la imagen bella y distinguida de la Virgen María.

—*Stella Maris, ora pro nobis!* —masculló el maestro, al tiempo que la rozaba. Seguidamente, se santiguó.

—*Ora pro nobis!* —suspiré yo también.

—¡Nos prometen un hombre, y nos envían un niño! —fue como un sollozo lanzado al aire.

Me sentí ofendido, pero me reservé lo que hubiera querido responderle. A fin de cuentas, y dejando a un lado la diferencia de edad, no veía en mi primo Hernando a alguien mucho más adulto que yo. Pero se ve que la opinión del maestro no coincidía con la mía. Entramos en la cámara, y allí no dudó en ponerme al corriente de sus deseos.

—Si por mí fuera, te quedabas en Bilbao. Pero tengo órdenes de llegar a Lisboa con un número exacto de hombres. A mí qué más me da si sois hombres hechos y derechos o hombres a medio hacer. ¡Vendrás con nosotros aunque nos parta un rayo en el intento! Y tú, ¿qué sabes hacer?

Me sorprendió que no preguntara por Hernando, y que no quisiera saber a santo de qué venía yo en su lugar. Para mi sosiego, advertí que había decrecido la llama impensada de sus ojos, lo que agradecí íntimamente. Le expliqué que algo sabía sobre el mundo de la mar, que había trabajado con mi tío Juan, y que también había tomado parte en la caza de ballenas.

—¡En la caza de ballenas! ¿Dónde?

Y cuando le indiqué que había sido allí mismo, frente a mi casa, una extraña sonrisa le hinchó las mejillas. ¡Oh, si hubiera podido oír la voz de aquella cría de ballena como yo lo hice! Sin más, me interrogó sobre qué era lo que traía en el morral. Se lo enseñé todo. El cofre con los aparejos, el libro, la casaca de cuero, y la ropa de pobre que había reunido mi madre. Lo primero que ojeó fue el ajuar.

—¡Vas a necesitar algo más de ropa! —dijo— Corre por cuenta de la Armada. Pero se te restará de tu salario —y endezeró el cuello—, igual que las comidas. La tripulación acaba de recibir su paga, y recibirá una segunda en Lisboa. ¡A ti se te entregarán allí las dos!

No había supuesto ninguna clase de cuentas hasta el momento, tampoco me preocupa especialmente la quimera del oro, no soy ambicioso en mis deseos. No obstante, sabía que mi paga, o para ser exactos, mi sueldo, ya que partíamos a la guerra, y lo hacíamos a modo de soldados, debía estar en algún lugar imprevisible de aquel cámara. Era indudable, porque estaba obligado a pagar en mano a Hernando allí mismo, igual que al resto. Pero parecía no gustarle demasiado tratar sobre el dinero de los demás, por lo que decidió cortar por lo sano.



—¿Qué es ese libro? —preguntó.

Ávido de curiosidad, lo cogió entre las manos. Algo me advirtió de que estaba ante una situación un tanto embarazosa.

—No será un libro de herejes, ¿no? —dijo con un sonrisa cascabelera.

No le contesté, tampoco hizo falta. Persiguió las páginas hasta encontrar lo que buscaba.

—¡Mira, mira, mira! ¿Pero qué tenemos aquí?

—Es un vocabulario de euskara e inglés, con distintas expresiones —contesté.

—¿De dónde lo has sacado?

—Es un regalo, señor.

Sin prestarme la menor atención, continuó hurgando las tapas rollizas del libro. Mi segundo sobresalto traía más argumentos que el primero.

—Y, ¿esto? ¿Dos libros en uno?

Así era. Dos libros en uno, y los dos ceñidos alrededor de una hermosa cubierta de piel. El libro reunía, más o menos, en su parte central un breve manual de conversación en euskara y en inglés; el resto lo componían fragmentos de salmos y oraciones. Juan Sanz de Basurto, mi maestro, no les quitaba ojo.

Mirando como miraba al libro, recordé lo que el propio Aguirre me dijo al regalármelo.

—¡Nuestro gentilhomme! —me dijo Aguirre la misma mañana del embarque—Naciste el mismo año en el que el Nuevo Testamento vio la primera luz de la imprenta en euskara. ¡Estás entre los elegidos!

Fuera o no un elegido, la verdad es que la manera en la que el maestro trataba el tema del libro empezaba a dibujar unos perfiles temibles, porque recordaba cómo en los días en los que mi tío Juan y yo, concretamente aquel en el que conocimos al amigo Luzien, traíamos biblias ocultas en sacos de sal desde Lapurdi, y cómo se las entregábamos, sigilosamente, a Aguirre. ¿Tendría nuestro maestro noticia de los libros

prohibidos por la Inquisición? Él mismo disipó todas mis dudas.

—*Gure aita zeruëtan haizena* –empezó a leer directamente del libro, tornando su voz en ligera canción—. *Santifika bedi hire Izena. Etor bedi hire Resumá. Egin bedi hire borondatea zerüan bezala lurrean ere.*<sup>1</sup>

Justo ahí interrumpió la letrilla. Seguidamente, reclinó el libro contra su costado, y apoyó la otra mano contra mi cuello. El maestro era un palmo más bajo que yo, pero su gesto fue como sentir que una culebra blanda y rápida me recorría todo el esqueleto.

—Desconozco el dialecto, pero es euskara. Guárdalo, y ruega al cielo que no tengas que recurrir a ninguna de estas oraciones. Y por lo que más quieras, no se lo enseñes a nadie. En esta Armada no se pretenden jóvenes ilustrados, y mucho menos alguien que se ande tuteando con Dios.

Me devolvió el libro. Lo recogí recostando los ojos, intentando no llenar de lágrimas el cántaro dolorido que me había conferido tanto perjuicio. No pude. Dejé el libro sobre el cofre, y el maestro fijó su mirada en el fondo torpe de mi gesto.

—Y, ¿eso? –tampoco esperó a que yo le contestara, y abrió el cofre. Juan Sanz, el señor de Basurto, se quedó pasmado.

—Son instrumentos de navegación, un cuaderno, un lápiz, la carta del mundo, tal y como hoy lo conocemos –no hacía falta que le dijera de qué se trataba.

—Y, ¿sabes utilizarlos?

Antes de complicarme en osadas e irrisorias explicaciones, lo primero fue recordarle que tanto los instrumentos de navegación como la propia carta geográfica eran regalos del señor Zubiaur. Bastó pronunciar su nombre para que todo

---

1.- Padre nuestro que estás en los cielos, Santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu Reino. Hágase tú voluntad así en la tierra como en el cielo.

pareciera arreglado. El maestro recorrió varias veces el largo y ancho de la cámara a grandes trancos, mientras yo lo perseguía con la mirada. Había en aquella una cama completa, elegante, blanda, con un báculo en cada saliente, y una tela noble que se recostaba sobre los báculos, de allí pendían las cortinas, dispuestas para no ser molestado durante el descanso. Una alacena, un espejo, un armario para la ropa, y contra una de las esquinas, una mesa. Observando el resto del mobiliario, pensé que estaba ante la cámara de hombre acaudalado. Se detuvo frente a la mesa para coger uno de los pergaminos que allí se copiaban.

—Esta es nuestra carta de navegación. ¿Serías capaz de decirme dónde nos encontramos ahora?

No era un reto difícil. Para entonces ya podía hacerme una idea sobre nuestra altura, y calculando el tiempo apurado desde la partida, deduje que debíamos hallarnos muy cerca de Mundatxa. Sin embargo, creo que la verdadera intención del maestro era la de estudiar mi método de trabajo. Sí, le dije, claro que soy capaz, aunque en realidad estuviera a punto de caerme desmayado. Elegí uno de los utensilios del equipaje.

—El astrolabio —señaló él—. ¿Y?

Con el astrolabio, también me decidí por el cuaderno y el lápiz. Apenas mis dedos temblorosos lo sujetaron todo, me acerqué a una de las escotillas de la cámara. La abrí y preparé el astrolabio de forma que pudiera permitirme calcular la altura del sol, una de las muchas virtudes de este instrumento. Entre tanto, calculé la hora, a ojo. Así, aunque el instrumento decidiera por capricho no colaborar conmigo en ese fatídico momento, siempre podría aproximarme con cierta exactitud a la posición real del sol. No obstante, preferí encomendarme al astrolabio. Tomé nota en el cuaderno y, seguidamente, me acerqué hasta la mesa donde me esperaba, abierta de par en par, la carta, para con la ayuda del compás poder interpretar sobre ella lo propuesto por el

astrolabio. Sin embargo, el maestro no esperó a que retirara el compás.

—Es suficiente. Eres más competente que mis tres hijos juntos... —calló al querer decir mi nombre.

—Hernando —le dije, orgulloso por su cambio de opinión respecto a mi inexperiencia.

—Hernando, claro —sonrió—. Y, ¿quién eres tú?

Le confesé que mi verdadero nombre era Sebastián de Zubileta, que venía suplantando a mi primo, que él no pudo embarcar porque había caído enfermo, no quise decirle que, en realidad, donde había caído mi primo Hernando era en las redes de una dama llamada Inés, que tampoco era toda la verdad, porque también a mí me gustaría caer preso en aquella misma red, y que por eso me enrolaba en la Armada, y que lo hacía por propia voluntad.

Confesar lo que venía callando hasta entonces me llenó de una gran fuerza física y también de ánimo, me pareció sentirme casi un hombre nuevo, porque me hubiera incorporado igualmente a la Armada, incluso sin la existencia real de Inés. Aquel era mi gran sueño, navegar en grandes navíos. Desde mucho antes de empezar a salir al mar con mi tío Juan. Probablemente, justo desde que distinguí por vez primera el olor del salitre. Darme cuenta de ello con tanta claridad fue como sentir el alentador pinchazo de la aguja de aquel compás contra mi pecho. Y a pesar de sentir un dolor intenso, sabía que no era sino el preámbulo de un gran alivio. ¡Qué lejos me parecieron los problemas de tierra firme! Entre tanto, el maestro no dejaba de acecharme.

—Y esto, ¿también es un regalo de Aguirre? No parece hecha a tu medida.

Al principio no supe a qué se refería. Pero mi mirada atrapó la suya a remolque, y al poco ya eran cuatro ojos sobre la elegante casaca de cuero.

—Es regalo de un gran amigo, señor.

—Alguna mujer, ¿no es así? —lo dijo afeminando burlescamente la voz.

Contesté que no con la cabeza, y renuncié a seguir con el tema de la casaca. Solo me faltaba decirle cómo la había conseguido, para que la sospecha que le había despertado el libro recobrara aún más todo su sentido. Además, me parecía un esfuerzo inútil explicarle que se trataba de Luzien, y contarle cómo lo conocí en San Juan Lohizune se me antojaba una historia hartamente larga, aunque si lo que pretendía era no alimentar sus recelos hacia mí, debería aclararle que Luzien era un buen cristiano, a pesar de que muchos dijeran, en este caso, que vivía en territorio de herejes, y que aquella casaca no era sino el fiel reflejo de nuestra amistad. Ya habría tiempo para tantas explicaciones como fueran necesarias, pero ni era el momento, ni tenía el ánimo suficiente, y tampoco me fiaba de la repentina buena fe del maestro. Sin embargo, mentar los nombres de Zubiaur y Aguirre, y haber omitido el de Luzien, me hizo chapotear en un pequeño depósito de traición, sobre todo al atender la consulta del maestro.

—¿Crees que nos traerá buena suerte?

—Claro, señor.

Contestar «¡claro, señor!» y sentir cómo se esfumaban las supuestas facultades de la casaca para atraer la buena suerte fue todo uno. Sería aquello un primer síntoma de superstición.

—Mis hijos no te han descubierto —vaciló—. Hasta ahora. En esta carraca nadie más sabe quién eres —titubeé nuevamente—, y exceptuando a unos pocos, nadie perderá el tiempo en este asunto. A partir de hoy mismo serás Hernando y, para empezar, trabajarás como gaviero —decidió—. Te turnarás, claro está, con mis hijos y otros cuantos hombres. Mientras estés allí arriba, nadie reparará en tu acento. Y veremos si estando en la gavia eres también capaz de hacerte con el alma de la nao. Y, otra cosa, si esa casaca no tiene mala fortuna, te aconsejo que te la pongas antes de subir hasta ahí arriba.

—¡Estás perdido, Sebastián! —me dije, porque además del problema de la diferencia entre mi acento en mi vascuence y el del resto, al menos uno de sus hijos tenía mi misma edad, y él, o cualquiera de sus hermanos, o los tres juntos acabarían por adivinar, probablemente, el acertijo de mi nombre.

Aún dudo de si en el propósito del maestro por enviarme a la gavia hubo alguna manera de castigo o si en verdad lo hizo por evitar que me descubrieran. No lo sé, pero hoy creo que su decisión me favoreció. No muy tarde, pude comprobar que dos de sus hijos, uno del mismo nombre que el del padre, Juan Sanz, y su siguiente, Martín Sanz, eran marineros, aunque no tenían la edad, pero el más joven, Domingo Sanz, venía a modo todavía de aprendiz, es decir, como grumete. O quizás como paje, pues tampoco cumplía la que correspondía al primer oficio, quién sabe. No era aquella una nave donde las costumbres se respetaran en demasía. Pronto di por seguro que los dos hermanos mayores, aunque como bien dijo el maestro cumplían con las labores de gaviero, ya competían por la sucesión en el mando.

Me disponía a abandonar la cámara del de Basurto, cuando el corazón volvió a darme un vuelco. Un hombre de aspecto envejecido, solo piel y huesos, se apoyaba contra la puerta. Desconocía el tiempo que llevaba allí postrado, y también qué pudo y qué no pudo oír de todo lo hablado, a no ser que se lo preguntara directamente. Pero opté por no hacerlo, sobre todo después de que Juan Sanz de Basurto me dijera de quién se trataba.

—El señor Isasi —me lo presentó—, él y yo vamos a medias en esta empresa, en lo que respecta al dinero. En cuanto a las responsabilidades, la mía es la de maestro, y la suya la de escribano y tesorero, o lo que es lo mismo, es el secretario de la *Ánimas*.

No sabría decir por qué, pero el ceño perfilado de aquel hombre me dio grima. Era como estar frente a un embajador

de la muerte. Lo saludé indecisamente, y abandoné la sala, me escurrí.

Fuera, tomé aire repetidas veces, y al volver la mirada atrás, pude ver que, pegado al aposento de Sanz de Basurto, había una segunda cámara, posiblemente fuera la del señor Isasi, y un escudo por cada uno de ellos, tal y como suelen en las casas de mercaderes y hombres venerables.

—Déspotas —pensé.

Me dirigí a la cubierta principal sin detenerme a curiosear sobre la traza de los escudos. Volví a ver a dos de los hijos del de Basurto, lejos, pero a una distancia suficientemente corta como para sentir que el fardo y mi pecho se desparramaban.

Que los hombres de la carraca no supieran qué aspecto tenía Hernando era algo normal, porque en nuestra tierra los adultos no suelen reparar en los más jóvenes. Y lo normal sería también que aquellos que conocieron a Hernando no recordaran ya de él ni su rostro, teniendo en cuenta, sobre todo, el tiempo que hacía que mi primo se había marchado de Getaria. Pero el caso de los tres hijos del maestre era distinto. Éramos de edades similares, y también eran vecinos de la torre vecina a Getaria, ¿seguro que ellos no habían conocido ya a Hernando? Indagué sobre mi aspecto frente a un espejo de mano, me restregué la barbilla para cerciorarme de que ya me había crecido algo equiparable a una barba, convencido de que podría ocultarme detrás de aquellos cuatro pelos. Luego, dispuse la medida de mi cabello para buscar en él la eficacia de una máscara.

Tuviera o no parecido con mi primo Hernando, cuando el hijo mayor de Sanz de Basurto, a quien el de Mihurubi, nada más oír el estruendo del cañonazo, señalaría como Juanico y, el segundo, quien insistía en que le llamaran Martín, pero que todos trataban como Mattin, cuando los dos, digo, me vieron, no dijeron nada. Me retaron con la mirada, como apostando si sería lo suficientemente hombre para ellos, si

sería digno de ser otro de los castigados a la gavia. No lo fui, pero no por falta de ambición. Giré la cabeza, para no darles ni tiempo para pensar si me conocían o no de alguna otra ocasión. Afortunadamente, la pasión por la Armada los había embriagado tanto como a mí, y tal ebriedad les había embelesado el juicio, aunque eso es algo que pensé después. Y me encaminé hacia el mástil de la gavia.

—¡Ah, de la gavia! —grité al de arriba.

Y descendió por entre los aparejos del mástil como un gato. Era el mismo joven al que vi subir puntal arriba nada más pisé el barco.

—Si crees que arriba está el cielo, y abajo el infierno, te equivocas —dijo mirando hacia la gavia.

—Soy Hernando —le indiqué.

Me miró a los ojos, y en los suyos pude percibir no solo la agilidad del gato, sino su misma viveza, incluso parecía despuntar bajo su nariz un futuro bigote de felino. No, que yo no era Hernando, estuve a punto de contárselo.

—Domingo —me contestó, socarronamente.

Coincidimos en una idéntica sonrisa, y desapareció como si el cielo estuviera listo para hundirse sobre nosotros.

Trepé hasta la gavia con tiento, no estaba acostumbrado a gatear sobre un mástil de semejante tamaño. Y desde allí arriba, con la casaca puesta, en mi puesto de vigilante, pude despedirme del cabo de Matxitxako, ese largo ramal que separa nuestro limitado mar de los infinitos mares del mundo. Y allí, una vez me hube serenado, llegué a la conclusión de que Sanz de Basurto no me había encomendado aquella tarea como escarmiento, sino para que pudiera formarme como marinero. Ciertamente, nada como ser su gaviero, para poder dar con el alma de la *Ánimas*.

¡Entre las *Ánimas*, la de la carraca es la más errante!, se me ocurrió un buen día. Proyectado y moldeado para el transporte pesado en Génova, la *Ánimas* sufría cierto desconcierto ante nuestro impetuoso Cantábrico. Aparte de que un día de mar



picada, y aunque dijeran que tenía capacidad para plegar las velas y navegar con la proa hacia la parte de donde viniera el viento, pude comprobar que más bien era todo lo contrario.

Como ya he apuntado anteriormente, lo primero fue llegar hasta Bilbao a por provisiones, para seguidamente zarpar hacia el oeste, como luego hicimos. Y si bien, nos acompañaron un sol intenso, una mar en calma y el buen tiempo durante todo el trayecto, al llegar a Finisterre las aguas de un mar crispado me sorprendieron en la gavia. Tuvieron que bajarme, como ya he dicho. Cuando volví a subir, estábamos casi en Lisboa. Qué paz. Para entonces, nadie creía que Drake se atrevería a atacar. Porque, a decir verdad, lo que más preocupaba a los hombres más curtidos de la tripulación no eran las embestidas de las olas, sino la aparición de Drake, y la sombra de su última gesta.

Según se contaba en las memorables charlas en las bordas de la carraca, Drake había impedido que la Armada zarpara a su debido tiempo, a raíz de los daños que causó en el puerto de Cádiz. Y fue entonces cuando oí por primera vez la historia del espejo del diablo, es decir, que el diablo había regalado a Drake un espejo mágico en el que podía ver con antelación la posición, el número y las características exactas de las naos enemigas.

—Si no, cómo se explica que pudiera entrar en el puerto de Cádiz, que desembarcara a un grupo de hombres, que diera fuego a la ciudad, que disparara y hundiera una docena de grandes navíos, y que pudiera escapar de allí con todos sus barcos intactos. ¡Cómo, si no! —aquellos hombres lo contaban a modo de historia cantada, y ya me la sabía de memoria.

Era algo que yo agradecía profundamente, porque si la *Grande y Felicísima Armada* hubiera logrado zarpar a tiempo, nunca me hubiera visto en disposición de formar parte de ella.

No quiero pensar en las consecuencia, si el resto de la tripulación fuera conocedora de mi agradecimiento para con

Drake. No había puerto donde no tratáramos otra cuestión que no fuera la de Drake. Ciertamente, había otra obsesión, el dinero. Insuficiente para satisfacer lo prometido.

Me resultaba difícil entender esa falta de dinero, porque no veía ninguna razón que fuera lo suficientemente importante como para que las arcas del rey Felipe, capaces de amparar a una Armada tan poderosa, se hubieran visto afectadas de tal forma. Pero aún más difícil me resultaba entender el miedo que inspiraba Drake. ¿Acaso no estábamos tan bien o mejor preparados que él para la guerra?

Solamente ya en las bodegas llevábamos suficientes arcabuces y mosquetes como para hacer frente nosotros solos a toda una flota. Pero era un parecer equivocado, porque, entre galeones, navíos, galeazas, urcas, zabras y otras naves, nunca antes de Lisboa había visto tal número de naos juntas. Si hubiésemos depositado en cada una de ellas, grandes, pequeñas o medianas, un arcabuz o un mosquete, nos hubiésemos quedado desarmados. Esa fue la impresión que tuve la noche en la que, río Tajo arriba, pude ver reunida por primera vez la Armada que, primero el rey Felipe mismo, y luego de aquel abajo casi todos, dieron en llamar *La Grande y Felicísima*.

Entre tanto, el espectro de Drake continuó sin alcanzar forma humana, y no hizo falta hacer uso de ninguno de aquellos arcabuces y mosquetes; no, al menos, sin otra finalidad que no fuera la de entretenernos tirándole al aire. De no haber ejercitado así su uso, jamás hubiera tenido la oportunidad de aprender a manejar aquellas armas y, mucho menos, la de acabar siendo dueño de mi propio arcabuz.

Con todo, estoy en disposición de afirmar que mi estancia allí, en Lisboa, donde probé mi primera arma de fuego, habría sido la más dichosa, de no ser por lo que algunos, como los ingleses, dan en llamar el mal de mar. Mejor dicho, de no ser por la condena a gavia que sentenció mi maestro

Sanz de Basurto. Aunque, cuando dio fin a aquel primer periplo con una última orden, acabé perdonádoselo.

—Arriar las velas, botar anclas.

—¡Eup! —llegó el rugido musical de la tripulación.



CON TODAS SUS ANCLAS ENRAIZADAS en la profundidad del Tajo, la *Ánimas* descansó en el regazo de la noche, sin vigilancia. No obstante, la calma no fue absoluta. La carraca soportaba una rara convulsión que la obligaba a sacudirse a babor y a estribor, era como si en sus bodegas hubiera un enorme corazón que le cargaba la sangre a borbotones. Pero el auténtico latido que lo hacía zarandear surgía directamente del pecho del río.

—¡El navío está vivo, como el río! —pensé, resumiendo todo lo que se me pasó por la cabeza el tiempo que pasé en la gavia.

Pero no era la primera vez que pensaba que una nave estaba viva. Las veces que salí con mi tío Juan en la *María Ángeles*, también pensé que aquella humilde cáscara tenía su propia respiración. En esas ocasiones incluso llegaba a hablar con ella en largos susurros. Sin embargo, con la carraca ni se me ocurrió ni se me ocurriría hacerlo, tampoco tuve tiempo para proponérmelo. Las órdenes del maestro desconocían el calado real del vocablo tranquilidad, y tampoco en la primera noche en Lisboa quiso darnos un respiro, sobre todo, a sus tres hijos y a mí. Era como si en todo, excepto en los rezos de diario, la responsabilidad fuera nuestra, y claramente por el

mero hecho de ser los miembros más jóvenes, y olvidando que los tres venían a modo de aprendices, pero yo no. Al menos era lo que yo suponía.

—¡Más brío, bribones! ¡Aligerar! —y nos sacaba de quicio a cualquiera.

Sin embargo, las órdenes del maestre no parecían fatigarse con nuestras pobres muestras de tirria. Recogió los aparejos rápidamente, botó una nueva ancla por proa, y envió un batel con un farolillo encendido a tierra, para que diera noticia de nuestra llegada a los mandos de la Armada.

Partieron en la pequeña cáscara el señor Isasi como timonel y emisario, y los tres hijos del maestre a los remos, como estaba dispuesto. Aún así, la decisión levantó mis sospechas. La función del señor Isasi, como secretario y brazo derecho del maestre, estaba clara. Sin embargo, con los hijos, creo que quiso darles la oportunidad de conocer la hermosa ciudad de Lisboa antes que al resto. Y viendo cómo los tres jóvenes se acercaban a tierra, un brusco sentimiento de envidia me hizo maldecir mi suerte.

No obstante, pronto, pasaría de la envidia a la admiración. Los contemplé largo tiempo, hasta que la oscuridad los encerró en su saco noctámbulo. Justo entonces, cientos de luces se encendieron en el resto de las naos, como enciende el mes agosto su bóveda de estrellas. Allí, en aquel enrejado de antorchas, pude advertir el grueso real de la *Grande y Felicísima Armada*. Era como si el cielo se hubiera duplicado en el barniz de la tierra. En ese nuevo horizonte se disipó nuestro bote más chico. Llegó la hora del rezo. Reunidos alrededor del palo mayor, como marca la tradición, el tripulante más joven, Bartolomé Izeta —su nombre me hacía recordar dolorosamente a mi hermana nacida muerta—, natural de Zarauz, rompió el silencio con un impresionante *Ave María*. Al concluir, respondimos con un accidentado *Amén* y, luego, alguien llamó al cambio de turno para la vigilancia.

No estaba entre los nombrados, y me retiré a mi yacija, entre los cañones de babor. Allí dormía yo, y allí lo hacían también los tres hijos del maestre, como el resto de la tripulación más joven. Fue la forma de rehacerme ante la causa de su partida, acostarme temprano, y no quedarme perdiendo el tiempo en los ociosos desafíos de cubierta. Me recliné.

En nuestra cueva irreal de la bodega, y mecido por el pulso de la carraca, sentí transportarme a un jardincillo del paraíso. Lo imaginé como el seno de mi madre, y me resistí a creer que aquella criatura de madera además de alma, no tuviera también un corazón humano. Con todo, el cansancio acabó por hacer mella en la sedosa divagación de la carraca y, por fin, dejó de dar bandazos. Libres de los acusados golpes de la mar, una carnación de paz me acompañó hasta el catre.

Me eché a dormir, pero el mar aún retorció sus últimos coletazos contra mi cuerpo. No duró demasiado. El agotamiento me precipitó en un sueño caprichoso y floreado. Hasta el amanecer.

Hasta que el cuerpo alivió su propia fatiga, y acabé por despertarme. Pero no tuve un despertar muy agradable. Enseguida me percaté de que el sonido tenue que ahora me atosigaba se había enclavado durante las horas de sueño en el fondo mismo de mi alma hasta desgarrarme. Era un rumor débil pero infatigable que no había dejado de balbucirme durante toda la noche. Fue lo que me despertó.

Un eco doloroso y dolorido, como surgido de las cuevas más recónditas de la noche o del infierno más remoto, siseó como de alma en pena torturada a perpetuidad. Era, sin duda, la tonadilla violenta y fría de un ser humano. Me levanté de mi lecho aquel.

El resto de la tripulación descansaba bajo el hedor recalcitrante de la bodega. Creí que todos dormían.

—¿A dónde vas? —demandó alguien.

Me asusté, no esperaba que nadie me fuera a delatar. Al mismo tiempo que no acertaba a distinguir quién me reclamaba, lo que acentuó mi nerviosismo.

—Voy a cubierta —contesté.

—No subas. Nosotros no podemos hacer nada.

Reconocí la voz de Mateo, el tonelero. Era un hombre al que no caí en gracia, pero él a mí tampoco. Cuando todavía no conocía a nadie y subí por primera vez a la gavia, él trabajaba en unos nuevos toneles, mientras yo apenas tenía nada más que hacer. La cuestión es que en una de aquellas ocasiones se cruzaron nuestras miradas, mejor dicho, chocaron una contra otra, y en el embate pude percibir esa suerte de antiempatía que sin motivo aparente se despierta entre los hombres.

Pero apenas tardé unos instantes en olvidar aquella sacudida, como tampoco volví a pensar en Mateo. Pero hete aquí que no supe advertir entonces que los celos irracionales son los más indestructibles. Nacen como los arroyos en el bosque, invisibles a nuestros ojos, pero desde un manantial inagotable que los alimenta hasta el fin de los tiempos. Así nacen, en el subsuelo de nuestra entraña, y remontan las grutas del alma.

No le di ninguna trascendencia, y acabé por olvidar aceleradamente a aquel tal Mateo y su extraña mirada, bastante tenía ya con ir conociendo a la tripulación y, al mismo tiempo, atender mi puesto de gaviero y las múltiples órdenes que recibía por parte del maestro: coser las velas, al modo de un zapatero remendón, y conocer uno por uno mástiles, obenques, toda la arquitectura de la nao, es decir, que no podía pensar en otra cosa que no fuera aprender a ser un buen marinero. Y tras aquel primer desencuentro no pasó nada más, pude andar tranquilo, hasta que su mirada volvió a inmovilizar la mía. Fue en Portugaleta.

Como he apuntado anteriormente, una vez hubimos zarpado desde mi pueblo natal, cumplimos el episodio de acercarnos hasta Bilbao, y llegamos de noche. Venus ya nos salu-



daba desde el cielo cuando cruzábamos el abra de la ría que se prolonga más allá de Bilbao, con la intención de aprovechar el ascenso de la marea. Pero lo de atracar en Bilbao, en realidad, era un decir. Sin arribar a la gran ciudad, viramos hacia Portugalete, justo hacia esa suerte de puerta del abra donde el salitre de la mar y el de la ría conforman un enorme y pastoso edredón.

Allí, con la primera luz del día, se nos acercó una de las que llamamos falúas. Traía a bordo al escribano del Consulado del Puerto. Juan Sanz de Basurto se dirigió a aquel hombre que me recordaba a los señores del pueblo con respeto, en romance puro, y lo invitó a subir a la carraca. El escribano le entregó un pergamino, y para mi sorpresa, lo abrió allí mismo.

—Nos vamos a Portugalete —dijo.

Así me quedé sin poder conocer la ciudad más importante de Bizkaia, y maldije mi suerte. Además, el plazo de tiempo que daríamos en Portugalete sería breve. Cuestión de un abrir y cerrar de ojos: embarcar los toneles, o como se decía en la carraca, recoger las tachuelas para los barcos de la Armada, y zarpar. Pero erré en el cálculo. Sin embargo, es una cuestión que prefiero dejar para algo más adelante.

—¡Ánimo señores! ¡Adelantémonos al sol! —demandó el maestro.

Era una orden que también incluía a los miembros del bote, y los remos se estrellaron encadenadamente contra el agua. Me coloqué en la borda, y vigilé a los remeros y a su timonel. Parecían risueños. Sin embargo, el escribano navegaba más estirado que nuestro palo mayor.

Entramos en Portugalete siguiendo a la falúa, con la intención de no retardarnos, y partir para el mediodía. Pero el caos con el que nos encontramos allí echó al traste nuestras expectativas. Había oído que la de Bizkaia era una provincia entregada a la causa de la Armada. ¡Pero lo que vi en Portugalete excedía por mucho todo lo esperado!

Hoy resultaría difícil creer el engranaje de voluntades determinadas en torno a Portugaleta y sus inmediaciones durante aquellos días de la producción de una guerra. Serían unas veinte las naos idénticas a la nuestra, cada una cargada con sus mercaderías, señal de que por cada puerto habría, al menos, otras tantas. Varias junto al puerto, pero la mayoría ancladas, allí y aquí, a lo largo de la estrecha faja de la ría, y un par de viejos y grandes navíos varados en sus arenas después de valerse de la baja mar, uno frente a otro los dos, como ante el espejo igual de sí mismos.

Pude percibir las bases de aquellas naves plagadas de algas, líquenes, magnolios podridos, chirlas vacías y demás espantajos marinos. Los marineros se afanaban en limpiar y cepillar los fondos, y poder pasar raudamente a la siguiente tarea, aquella a la que a mí tanto me gustaba, calafatear el vientre de los barcos: adecentar los bajos de la nave, recubrir las grietas con estopa, y una vez reforzadas, cubrir los fondos con resina. Les hubiera ayudado con agrado. Pero nuestro quehacer nos esperaba en el embarcadero.

Dos pinazas ancladas dificultaron nuestra maniobra. El maestre había dado órdenes precisas de atracar la nave en la distancia que quedaba entre aquellas dos pequeñas naos. A mí me pareció una maniobra imposible.

—¡Agarrad ese cabo! ¡Largad! ¡Quietos ahí!

El maestre gritó permanentemente en lo que duraron las maniobras de atraque, y la carraca parecía un animal amansado bajo sus órdenes. Con gran dificultad pero con firmeza, encajamos el cuerpo grueso de la *Ánimas* entre las dos naves. Sucedió todo tan rápidamente, y estuvo todo tan conducido por las órdenes del maestre y los gritos, silbidos e insultos entre unos y otros de la tripulación, que para cuando concluyó la maniobra yo ya me encontraba en el muelle, sin saber muy bien cómo había llegado hasta allí. Yo mismo le hice el nudo al último cable de la amura de babor, y de no ser por-

que veía mis piernas apuntaladas contra el suelo, diría que aún me sentía en el columpio de la carraca.

Los hombres de las pinazas observaban incrédulos la celeridad con la que trabajábamos. Y nosotros, a lo nuestro. Satisfechos.

A las órdenes de Mateo, y ajustando palos, estacas, ruedas y cuerdas para el pescante de la mesana, nos preparamos para embarcar los toneles de clavos. El maestre me ordenó que me quedara abajo, donde estaba, a ayudar al grupo de hombres que ya había desembarcado para realizar las maniobras de carga. Por supuesto, le obedecí, y agradecí que me hubiera dado la oportunidad de presenciar desde allí todo el procedimiento. Desgraciadamente, no fue la única orden que dio el maestre.

—¡Mateo! —voceó Juan Sanz de Basurto.

El tonelero no necesitó más indicaciones para entender el mensaje del maestre. Bajó a tierra prontamente, y se pegó a mí.

Rehusé mirarle a los ojos, pero no pude evitar sentir cerca de mi nuca su lacónico y áspero respirar. No le hice el menor aprecio. Finalmente, el pescante estiró su brazo por encima de la borda, y puse en él toda mi atención.

El brazo del pescante tenía una pequeña rueda de dos carriles enganchada a su pico más alto, enroscada de manera que facilitara los distintos giros; dos cables rebasaban las vías de la rueda; los dos extremos de uno de los cables venían hasta el suelo: uno de los extremos o cabos aguantaba un gancho de hierro, y el otro cabo quedaba libre, para poder tirar de él; en la otra vía se sostenía el segundo cable. Uno de los extremos del tal cable, y el segundo extremo permanecía atado al interior de la carraca, de manera que se pudiera arrastrar de él. Por último, había otros dos cables, con un extremo fuertemente atado al brazo del pescante, y el otro extremo libre. Había que tirar desde la borda de los dos extremos o cabos que quedaban libres, para llevarlos a uno y otro

lado, hacia la izquierda o hacia la derecha. Era la forma que tenía el brazo del pescante de llegar lo más lejos posible, justo hasta el lugar donde esperaba la carga que habíamos de izar y acomodar en las bodegas. Con todo, nuestra tarea era colocar la carga en los ganchos y ayudar a remolcarla. Sin embargo, desconocía hasta entonces que los suministros vinieran acopiados en el interior de toneles, pero para eso estaba ahí Mateo. Una vez dispuesto el pescante, esperábamos su visto bueno sobre el estado del tonel y las indicaciones necesarias de cómo ligarle el cabo.

Sobre el muelle de Portugalete nos aguardaba una fila de veinte toneles y un hombre de aspecto envejecido y delgado que velaba por ellos, al frente de un grupo de hombres con aire de marineros.

—¡Ea, muchachos! —sugirió Mateo.

Todos, ellos mucho más duchos que yo en aquellos menesteres, nos pusimos a sus órdenes. Primero, tres hombres tumbaban, uno a uno, los toneles, luego, entre dos hombres los arrastraban cuidadosamente hasta debajo del pescante; una vez llegados a ese punto, nos tocaba a nosotros atar cada tonel y esperar a que Mateo diera la orden de remontarlos. Después, tendríamos que tirar del cabo principal desde el muelle, con mucho cuidado, evitando poner en riesgo la mercancía. Para ello, contábamos con el segundo cable que rodeaba a la polea, el de forma, o de cortesía, y que también atábamos al tonel, para que si el primero fallaba este otro le socorriera. Mateo me ordenó que atara el segundo cabo.

Con el primer tonel no hubo problemas.

—¡Arriba! —chilló Mateo.

Y el tonel despuntó en su baile de ascenso. Observé quién tiraba desde arriba del cable. Eran dos de los hijos del maestro, Martín y Juan, entregados a pecho abierto, retándome con la mirada. No debía quitarle ojo al tonel, pero ya lo había hecho.

El tonel se enderezó a cada golpe de riñón dado por los dos jóvenes, hacia lo alto de la carraca, arriba, más arriba, hasta que dejó de rozar el suelo en todos sus vértices.

—¡Parad! —ordenó entonces Mateo.

El tonel quedó colgado como un péndulo, como un cuerpo en la angustia de una horca buscando con sus extremos la compensación de la tierra, ahora sí, ahora no, en un teatral balanceo que nos atravesó el aliento. Afortunadamente, nunca hasta el momento había presenciado ningún ahorcamiento, y miraba encantado el contoneo del tonel, orgulloso del trabajo realizado. Pero cuando sí pude ver por primera vez y desde muy cerca cómo ahorcaban a un ser humano, recordé la imagen de aquel tonel y su agónico zapateo, y que aún hoy regresa a mi memoria en más de una ocasión. ¡Pero no quisiera convocar ahora a los fantasmas del pasado!

—¡Un poco más arriba! —Mateo ordenó que se reanudara la tarea.

Los hijos del maestro, asistidos por un pequeño grupo de hombres, tiraron con fuerza, y el tonel, girando bajo los acordes melódicos de la polea, pareció alejarse suavemente de tierra firme. Cuando la distancia entre el brazo del pescante y el tonel fue superior a dos palmos, volcaron el empuje hacia el barco desde uno de los cabos de apoyo. El tonel se perdió por encima de la borda. Entonces, desde abajo, alguien lanzó un *irrintzi*.

Y por cada tonel un nuevo *irrintzi* y una nueva orden.

—¡Cuidado! ¡Despacio! —me decía Mateo cada vez que colocaba el cabo alrededor de un tonel.

Y aunque no fuera tarea fácil cumplir con todas aquellas premisas, lo cierto es que yo me entregaba en cuerpo y alma. Anteriormente, había trabajado alguna que otra vez entre toneles, y me bastaba una explicación para hacer lo correcto.

—¡Cállate! —me hubiera gustado decirle a Mateo.

Pero fui yo quien se mantuvo callado, hasta que observé un pequeño yerro en uno de los toneles. Era el último.

—¡Este tonel no está bien! —exclamé.

—¡Cómo que no está bien! —contestó Mateo— Los hombres que han atado el cabo no han visto nada y, ¿resulta que tú le ves un yerro? El yerro lo tienes tú en los ojos. Ponle el maldito gancho y quítate de ahí, si es que esa casaca te deja moverte.

Me quedé mirándolo fijamente con el cabo en la mano, ni para adelante ni para atrás, totalmente contrariado. Por sus palabras debía entender que vestido con aquella elegante casaca insinuaba que yo era un afeminado. Nunca he deseado el mal a nadie, pero en aquel momento lo hubiera ahogado con mis propias manos. Pero al cesar bruscamente la sinfonía del pescante, tanto silencio llamó la atención del maestro. Se asomó por la borda. El sol buscaba ya la claridad del mediodía.

—¿Qué pasa ahí? —vociferó.

—¡Es este piojoso! —contestó Mateo, cuyo aspecto no era, precisamente, el de un señor.

—¡Dios! ¡Arriba ese tonel, es el último! —el maestro se dirigió a mí.

Fijé el cabo de cortésia sobre el tonel, a regañadientes. Luego, Mateo ordenó que halaran, y me quedé en el sitio, observando aquella especie de estrangulado sin brazos ni piernas.

—¿A dónde vas? —demandó Mateo.

Y por aquella forma suya de preguntar, deduzco ahora que su «¿A dónde vas?» inquirido en Portugalete y, luego, otra vez en Lisboa, fueron como dos lecciones de una misma enseñanza. Las dos escudriñadas desde un sentimiento de furia, y con ánimo de amonestar una acción impensada. Pero en ninguna de las dos le hice el menor caso. Recuerdo la vez de Portugalete.

«¿A dónde vas?», no sabía a quién se dirigía, pero en seguida advertí que apuntaba al responsable de los toneles,

quien había permanecido discreto y taciturno hasta entonces. Aquel hombre venía recto hacia mí, a grandes zancadas.

Llegó a engancharme de la casaca, nada más. Los dos caímos al suelo, y quedé bajo su cuerpo.

Un instante antes de que aquel larguirucho me agarrara de la casaca, el cable se partió en dos. El tonel se estrelló contra el suelo, desparramando todo su contenido.

—¡Ha llegado tu hora, Sebastián! —pensé.

Finalmente, a nadie le llegó su hora, pero la lluvia de tachuelas que se desprendió del tonel no nos absorbió los huesos de milagro.

Cuando recuperé el temple, lo primero que vi fueron las antorchas encendidas en el interior de los ojos de Mateo. Asustado, miré al hombre tumbado contra mí.

—Soy Antón —me dijo—. Y, ¿tú?

Sebastián o Hernando, dudé qué contestar, y no porque mi garganta semejara un complicado nudo marinero, que también. Dudé porque al ver tan de cerca la sombra de la muerte, era mi propio yo, Sebastián, quien necesitaba expresarse en ese momento como tal, con o sin máscara. La tensión a punto estuvo de jugarme una mala pasada. Afortunadamente, fue Mateo quien contestó por mí.

—¿Qué pasa, Hernando, te vas a echar a dormir? ¡Eres un holgazán! —gritó.

—Soy Hernando —le contesté a Antón, complacido.

—¡Anda! —dijo Antón con asombro, sin exponerme el por qué de su exclamación—Recojamos todo esto.

Me arrodillé, y di gracias al cielo por seguir vivo. Me quité la casaca con mimo, casi con veneración, convencido de que ella era la portadora de mi suerte, y guardé la prenda milagrosa en el morral.

Dudo si los demás vieron lo ocurrido. Para entonces, ya se afanaban en la recogida de tachuela, todos, excepto Mateo. Debía arreglar el tonel, y andaba que clamaba al cielo. Me alejé

de su lado, a gatas, y me puse también a recoger los clavos. Así pude advertir que a Antón le faltaba una oreja.

¡Qué diablos!, no acabaron los sustos con el chaparrón de clavos. Antón se percató de mi cara de extrañeza.

—¡Para lo que hay que oír, basta con una oreja! ¿No te parece? —me dijo sin necesidad de que yo le preguntara nada.

Antón acabó explicándome cómo la perdió. Y no le había sucedido ni en el peligro de un mar lejano, ni en medio de una gran batalla, sino en el mismo puerto de Portugaleta.

—¡La primera oreja que ha perdido esta Armada es la mía! —bromeó— Fue hace unos años. Aquí, *zagal*, había una nave mercante inglesa, llena hasta los topes de cereales —lo de zagal no me hizo mucha gracia—, recién llegada de Londres. La cosa es que sin saber cómo ni por qué, se liaron a tiros, y yo perdí una oreja.

Antón se echó a reír, y Mateo no pudo soportar aquel gesto.

—¡Antón! ¡Estás loco! —gritó con desdén— Deja en paz al muchacho con tus historias.

Antón y Mateo eran viejos conocidos entre sí. Y si yo no le caía muy en gracia, parece que este tampoco. Seguimos reuniendo los clavos, pero sin que se resintiera por ello el ánimo parlero de Antón. Y entre susurros, acabó contándome una de esas historias que a Mateo tanto le hubiera gustado mandar callar. Me relató cómo perdió su oreja realmente.

Sucedió en una preciosa tarde de principios de junio de 1585. La nave inglesa *Plimrose* se encontraba anclada frente a la ciudad de Portugaleta, después de haber cargado en Londres ciento cincuenta y nueve toneladas, y tras recorrer la ruta de la Mancha. La tripulación de la *Plimrose* sumaba ya dos días descargando los sacos de trigo, primero, a las gabarras y, seguidamente, a tierra, donde los sacos se depositaron en los almacenes interiores del puerto. Para entonces, la *Plimrose* ya había confiado a tierra más de veinte toneladas de trigo. Y no era la única nave inglesa que se encontraba allí



amarrada. Había algo más adentro que la barra arenosa de Portugalete, dos naos más con idéntica carga. Y en los puertos aledaños otros barcos ingleses se afanaban, igualmente, en la misma tarea.

Era extraño. Normalmente, las naos inglesas carecían del permiso de entrada en puertos bajo el dominio de Felipe. Era norma, al menos, a comienzos de 1585, año en el que Felipe II ordenó la captura de todas las naves inglesas ancladas en puertos españoles. Y la prohibición tiene su origen unos pocos años antes. Pero en tierras de Castilla, los años de sequía fueron muy duros, sobre todo, ese último año, y las diplomacias del rey y de la reina de Inglaterra llegaron a un acuerdo: los mercaderes ingleses podrían vender trigo a todos los súbditos de la corona hispana.

—¿Y resulta que, ahora, Felipe y la reina contra la que vamos a luchar se ponen de acuerdo? Ya te lo he dicho antes; para lo que hay que oír, basta y sobra con una oreja —sonrió—. ¿Ya sabes que el dichoso rey Felipe y la anterior reina de Inglaterra, que era su hermana o algo así, estuvieron casados?

Tuve la impresión de que empezaba a tomarme el pelo. Pero enseguida recordé que, estando yo en la escuela de Zubiaur, también había oído algo similar.

—Pues, si no me equivoco, creo que nuestro Felipe se casó con Mari, la hermana infortunada de la actual reina Elisabete. Y mira, ahora, a guerrear contra la vieja Elisabete. ¿Dónde se ha oído cosa igual?

Quise decirle que sí había oído ya una historia parecida, y muchas otras más, en la escuela de Zubiaur. Sin embargo, qué sabía Antón de mi maestro. Nada.

En las enseñanzas de Zubiaur, nunca hacía demasiado caso a ese tipo de historias, pero nuestro maestro se esforzaba en enseñarnos las incidencias de la diplomacia entre las diferentes naciones, materia en la que era hombre experimentado. Sin embargo, recordar aquellas lecciones me hizo recapitular sobre mi querido amigo e hijo de Aguirre, Martín.

Él sí que ponía atención a todo lo concerniente a la diplomacia, animado por la idea de que algún día frecuentaría las Cortes repartidas por el ancho mundo, y que todas aquellas lecciones le serían de gran utilidad. Incluso sus maneras eran también diplomáticas y, tal vez, algo exageradas. Ambiciones aparte, dejé de ver a Martín al tiempo de convertirme en un futuro y humilde mercader, bajo las órdenes de su padre. Apenas mis ojos iniciaban un espasmo lagrimoso, cuando Antón desgarró el cabo suspendido en mi memoria.

—Acércate y atiende. Pero no dejes de juntar los clavos, ¿vale?

No dejé de juntar los clavos. Era imposible no hacerlo. El maestre tenía a Mateo para que no nos diera respiro.

—¡Ánimo, caballeros! —nos decía.

Y mientras recogíamos los clavos en un tonel, atábamos este al resto, los subíamos al barco, y ejecutábamos otras maniobras, Antón me explicó el final de la historia de la *Plimrose*.

En una maravillosa noche de junio se le une a la *Plimrose* una pinaza del puerto. En ella navegan seis hombres con atuendos de mercader, que ofrecen a los ingleses varios cestos llenos de cerezas frescas. El capitán inglés, como indican los códigos de buena conducta, les invita a subir a bordo. Ya dentro, los visitantes son recibidos con todas las atenciones. Les ofrecen carne salada y cerveza, para que la mezcla de las dos provoque en el paladar la expresión afectuosa del deleite y, finalmente, también les invitan a probar unas bandejas de uvas pasas. Aquellos hombres con aspecto de mercaderes explican que están interesados en comprarles el armamento pesado de la nave, cañones, etc. El capitán inglés recela, y contesta que no hay trato. Entonces, en lo que tarda un marinero en consumir una jarra de cerveza, cuatro de los visitantes informan que deben ausentarse sin demora. La desconfianza del capitán de la *Plimrose* se multiplica. Algo debía intuir ya, seguro, porque cuando los dos últimos miembros de la pinaza se marcharon, el capitán ordenó a sus hombres

que permanecieran alerta. Y he ahí que, ya de madrugada, vuelve a presentarse la pinaza, pero esta vez al remolque de un segundo navío.

—Unas dos docenas de hombres en la pinaza –tanteó Antón–, y otro tanto en el otro bote.

—Tú entre ellos –añadí.

—Encaramos la borda convencidos de que reduciríamos a los ingleses fácilmente. Y allí perdí la oreja.

Antón señaló la parte cicatrizada de su rostro, y era como si se la hubieran arrancado de cuajo, como en la matanza de un animal, de un excelente y certero cuchillazo. La diferencia era que a Antón se la habían arrancado vivo. Quise preguntarle si le había dolido mucho.

—¿Y la *Plimrose*? –preferí seguir con la aventura.

—¡Hey! Si algún día tienes la suerte de ir a Inglaterra y visitar alguno de sus puertos, fíjate bien, porque tiene que seguir allí. Lo que está claro es que, finalmente, pudo escapar de aquí. Pero no a cualquier precio, ya lo creo. Los ingleses dejaron un buen reguero de sangre. Cuando llegues a Inglaterra no dudes en preguntar por mi oreja, ¿sí? –volvió a sonreír– Porque la perdí en la *Plimrose*, y no me dieron ni tiempo para rescatarla.

Recogimos todos los clavos y regresamos a la carraca. Y volvía, ahora, con el pensamiento complacido, porque las historias sobre aquella Armada y otras reseñas sobre la guerra habían empezado ya a encender el castillo de mi alma. Dos personas que habían sido aliados apenas hacía unos pocos años y, lo que aún es más incomprensible, con lazos de amor entre sí, se presentaban ahora como enemigos acérrimos. Dudé del natural equilibrio del mundo, y más aún al escuchar las últimas palabras de Antón.

—Me crecerán dientes en el culo –dijo–, cuando oiga que el rey y la reina se han presentado en la guerra y han acabado matándose entre sí.

Volví a permanecer en silencio. Pero me hubiera gustado preguntarle sobre el porqué de toda aquella *Grande y Felicísima Armada*. Por lo que yo sabía, la propia reina Elisabete de Inglaterra había dado orden de asesinar a su prima Mari, esposa de Felipe y heredera del reino de los Estuardo de Escocia. Esa parecía ser la razón que nos empujaba hacia Inglaterra, convertir al cristianismo a aquella infortunada y sanguiñaria reina, o en su lugar, sustituirla por alguien afín a la fe católica. ¿El propio Felipe, tal vez? Su matrimonio con Mari de Inglaterra le permitía vestir la corona por ley. Bien, pues detrás de la muerte de Mari de Escocia se escondía la clara intención de que la corona pasara a manos de un rey protestante, y la mano que esgrimió la espada del verdugo no estaba lejana a la de la reina de Inglaterra y, según parece, Felipe no estaba dispuesto a abandonar su trono, no, al menos, sin que la Armada cumpliera con gloria su cometido. Antón tenía razón. Nos crecerán dientes ahí, el día que veamos a la reina y el rey matándose entre sí.

—Aquello Portugal, y esto Portugalete —se despidió Antón, cantando—. Te cantarían una copla más alegre, pero no sé cuál sería la más adecuada para quien se encamina recto hacia la muerte.

Luego, no satisfecho aún con aquella despedida, me dedicó un antiguo refrán vizcaíno.

—*Edozein da azarri, baina gudura doa gutxi!*<sup>2</sup>

Y aunque quise entender que venía a ver en mí a todo un valiente, no pude sino sentir un escalofrío al recordar aquel otro dicho tan común en mi tierra.

—*Zital zirola, nork gudura haroa?*<sup>3</sup> —musité para mí.

Yo no era zapatero, pero la pregunta no dejaba lugar a dudas. Quién me mandaba a mí a la guerra. La respuesta era clara: era mi propia inconsciencia. Y allí estaba yo ahora,

---

2.- Todo el mundo es valiente, pero nadie quiere ir a la guerra.

3.- Zapatero testarudo, ¿quién te manda a la guerra?

recién llegado desde Portugaleta, en Lisboa, frente a Mateo, y sin atreverme a preguntarle nada sobre aquel estruendo amargo que golpeaba el aire. ¡Como el fragor de mi propia inquietud! Desde entonces, no pocas veces he recordado las palabras de Antón, es decir, que para lo que hay que oír basta y sobra una oreja. Yo aún conservaba las dos, y sabiendo que Mateo volvería a maldecirme, decidí no consultarle nada. Para que no hiriera mis oídos.

No le caía bien al tonelero. De lo contrario, no dudaría en pedirle que hablara claro, que me dijera por qué nosotros no podíamos hacer nada. Incluso dudé si volver a mi rincón o subir a cubierta.

Eran palabras llenas de misterio. ¿A santo de qué me decía que no había nada que hacer? Al parecer, él sabía algo sobre aquel murmullo triste que me había desvelado, y que cada vez era más intenso, y que debía tener, sin duda, algún origen terrible. Para oírlo sí que bastaba y sobraba hacerlo con una sola oreja.

Salvando los escollos entre Mateo y yo, el deseo de saber me ahogaba sin medida. Pero ya era tarde, Mateo había vuelto a sumirse en un sueño profundo. Enfadado conmigo mismo, busqué la cubierta. Y todavía hoy no sé si no me arrepiento de haberlo hecho.

Una vez he alcanzado la cubierta, sentí el agobio de un silencio sobrecogido. No duró más que un suspiro, pero a mí me pareció una eternidad, mientras la carraca entera crujía bajo mis pies. Entendí que de ahí deben tomar todos estos barcos viejos y tardos en navegar el nombre de carraca, cuando me asustó una especie de aullido aterrador. Como de animal angustiado en la medianoche. Y de igual forma que uno espera siempre escuchar al búho por segunda vez en la misma noche, supe con absoluta certeza que a la zaga de aquel aullido vendría otro, y otro.

Mis piernas temblaban como un ave lastimada. No eran aullido, sino quejidos. ¡Eran lamentos! Gemidos agónicos de

alguien enmudecido por el pánico, débiles y espantados alaridos, era la petición de auxilio de unos hombres ante el aliento frío de la muerte.

Un tufo cargado de afección se extendió en el aire. Alguien sufría derrotado su propio infierno en aquella *Grande y Felicísima Armada*.

Me asusté como una sombra. Las piernas me temblaban descontroladamente. Intenté concentrarme en los crujidos de la carraca, pero todo era inútil.

Y abriéndose paso por entre los alaridos y los ruidos propios de nuestro barco, me llegó el murmullo de la gente que transitaba las otras naves de la Armada, cada vez más alto, como haciéndose más sitio en mis oídos o como multiplicándose por entre las venas de la noche, no lo sé, pero cada vez más y más alto. Pero solo podía oír una parte de lo que decían, y a ratos, una maldición partida por la mitad entre otras voces entrecortadas, y de esas voces entrecortadas solo llegaba a entender una cuarta parte, porque en aquel coro nocturno eran muchas y diversas las lenguas y dialectos que se entremezclaban. Pero todas repetían «muerte» una y otra vez, de eso no había duda.

Luego, me pareció distinguir cómo arriaban un batel. Me convencí al oír el golpe que dio contra el agua; no me equivocaba. Afilé los ojos.

—Llevan un cadáver a tierra —reconocí la voz de Martín de Mihurubi.

Entonces advertí que nuestro bote, el cuál había partido a tierra a dar noticia de nuestra llegada, aún no había regresado. Martín adivinó mi pensamiento.

—Todavía no han regresado —dijo.

LOS QUEJIDOS CESARON ALREDEDOR DE LOS PRIMEROS dominios del amanecer, o si no, se perdieron bajo el bullicio de los mil quehaceres recién iniciados a lo largo y ancho de toda la flota, ciertamente no lo sé. La luz del alba iluminó el amplio ropaje de la ría donde habíamos atracado nuestra carraca, y olvidé los ecos siniestros de la madrugada.

¡Lisboa! El último puerto que pisó mi padre cuando partió camino de las islas Azores, y encontró a la muerte. ¡Y como él, tantos otros! Mis ojos llorosos buscaron algún consuelo en el manso matiz del horizonte. De observar a través de las rendijas entre los mástiles y los aparejos de la nave, vería, un poco más allá de la borda, la ciudad de Lisboa, como una estampa antigua construida sobre piedra blanca. Pero también se podían ver zonas ennegrecidas por el hollín, puntos claros de donde vivía la gente más pobre, y señal de que la hermosa Lisboa también sabía de los oscuros designios de la guerra y el fuego.

Una guerra que le sobrevino a la capital lusa siete años antes. El rey Felipe se empleaba con entereza en pos de tomar la corona de Portugal. Tenía su derecho. Además de ser el descendiente de la reina de Portugal, ya fallecida, también había estado casado con la reina María Manuela –como más tarde

lo haría con Mari de Inglaterra—. Pero el matrimonio entre Felipe y María Manuela no duró mucho y, según parece, fue, más bien, un enlace desdichado, porque la reina falleció cuando apenas había cumplido los dieciocho años, pocos días después de haber dado a luz a su único hijo. Precisamente, Felipe quería vestir la corona de Portugal a favor del derecho que María Manuela había cedido sobre su hijo Carlos. Y finalmente, he aquí que tras la muerte de María Manuela, el Gran Felipe, el pobre Felipe, volvía a casarse por dos veces más, y enviudar otras tantas, mucho antes de 1588, año en el que aquella Armada, dueño ya él de la corona de Portugal, se hacía a la mar. Para qué quería aquel hombre de una sola cabeza tantas coronas, sino para poder enviar a la guerra a infelices como nosotros.

Felipe, rey de mil reinos y señor de mil tierras, entre ellas nuestra Bizkaia, se veía a sí mismo capaz de satisfacer a cualquier esposa y, al mismo tiempo, sostener sobre sus hombros cualquier corona. Y si bien pudo vestir, finalmente, la corona de Portugal, no lo hizo sin encontrar oposición. Reclamando sus derechos de sangre y contubernio, tuvo que imponer en Portugal la fuerza de las armas y, aún hoy, no había desaparecido del todo el rastro de la ceniza derramada. Sin embargo, aquella primera mañana en Lisboa, yo no sabía nada ni de aquella famosa guerra, ni de tantas otras cosas sobre la Armada. Para mí, aquella mañana era única, tan impar y nueva, que se me antojó la primera de mi vida.

Quise distraer la mirada en los límites de la desembocadura de la ría, cerca del primer portón de la mar, y allí pude advertir, elevada sobre la misma ría, como flor que milagrosamente nace en un lago, una torre blanca. Tan blanca que me pareció estar viendo la morada de los ángeles del cielo ante las puertas del paraíso. Supe después, que se trataba de la torre de Belén, y pensé que a nada sobre la tierra se le había podido dar mejor nombre hasta la fecha.



Sin embargo, a nosotros no se nos había dado el tiempo para elogiar la belleza monumental, y el maestro, con el corazón asomado al balcón de la garganta, no dejaba de dar órdenes, impaciente por el bote que no daba en regresar, pero aún así, muy discreto a la hora de mentar alguna de las galas de sus hijos. Él también era de los que piensan que basta decir algo, para que de verdad ocurra. Sin embargo, yo estaba seguro, porque había sucedido lo que había sucedido, y nadie podía cambiar el pasado, como las aguas no pueden regresar al origen río abajo, ni crear allí un nuevo afluente.

Noté que mis ojos volaban de las ramas acuáticas del río a las de madera de las naos de la Armada, hasta perderse entre los gigantescos mascarones de sus proas. Había auténticas maravillas entre ellas, comparadas con la imagen lánguida de nuestra *Ánimas*. También las había de aspecto algo más tenebroso entre las figuras de debajo del bauprés, o en los mascarones. Porque la proa es el gesto de la nao, y dependiendo de con qué máscara terrible, capaz de atemorizar al enemigo más ilustre, quieran cubrirlo sus dueños, así vestirán el cuerpo de la nao, y así lo completarán con atabaleros y trompeteros. Para provocar en el enemigo un espanto anterior al del brillo fatal de las espadas. Cuando no ocurre, claro, que las visten como a nuestra *Ánimas*, con togas que imploran la misericordia y el auxilio del cielo. Son, en verdad, como los amuletos que muchos cristianos cuelgan al cuello.

El más llamativo de entre todos los mascarones era, para mí, el de una rata con corona, o un ratón, no estoy muy seguro, porque no me pareció una figura aterradora ni veía en ella una manifiesta petición de amparo. De todas formas, todos partíamos a la guerra bajo la protección de aquellos casi ídolos.

—No es un buen presagio —dije para mis adentros, sorprendido de reconocerme metido en supersticiones.

¿Iba a empezar ahora a reparar en los conjuros del cielo? Desvié la mirada hacia las velas de los barcos. Gracias a Feli-

pe —¡cuántas coronas para un rey, cuántas enseñas, cuántos hombres armados!—empecé a instruirme en las medidas del mundo. Era más grande de lo que creía.

—¡Hernando, sube! —me ordenó el maestro.

Su orden me devolvió al mundo real. Martín de Mihurubi ya se había marchado, no sé cuándo, pero yo me había quedado solo, ensimismado. Me dirigí hacia la gavia, con el ánimo de vislumbrar nuestro bote desde allí. El resto de la tripulación se dispuso a descargar toda nuestra carga de mosquetes, arcabuces y demás útiles, cuanto antes.

Había dado la vuelta a la ampolla que utilizábamos a modo de reloj de arena por segunda vez, transcurría ya una hora, cuando divisé, por fin, el dichoso bote. Me llevé otro buen sobresalto, porque no conocí ni a los remeros ni al hombre donairoso y tieso que venía en proa. Llamé, nervioso.

—¡El bote, es el bote!

La prontitud con la que el maestro y parte de la tripulación se asomaron a la borda, me indicó hasta qué punto estaban todos preocupados por su vuelta. Y al comprobar que quienes regresaban en el bote no eran los mismos que quienes habían partido, advertí un aire de mal augurio en el gesto de Juan Sanz de Basurto. Aquel hombre de naturaleza inalterable, raspaba con un pie el suelo, frenéticamente, como un toro que escarba la tierra antes de la embestida. De tardar en llegar el bote un poco más, diría que habría hecho un agujero sobre las tablas de cubierta. Sin embargo, y para mi sorpresa, percibí que el pequeño bote mostraba signos de no querer llegar hasta nosotros, y que entre sus mareantes corría un aire de temor, sobre todo en el rostro orgulloso de quien los gobernaba. Fue el que se dirigió a nuestro maestro, en portugués, desde lejos, tras el intervalo de un tiro de arcabuz entre el bote y la carraca.

—¡Martín! —gritó el maestro.

No era necesario que diera semejante grito, porque nuestro cirujano estaba a su lado, y al ser nuestro hombre un polí-

glota, el maestro decidió ordenar que fuera él quien se dirigiera a los del bote.

La conversación fue breve. Apenas unas palabras y unas voces que a mí se me antojaron como la melodía de un idioma desconocido hasta entonces. Y atendiendo su compás, deduje que debía tratarse de romance, ya que interpreté en algunas de las palabras el porte del castellano. Aún así, la mayoría me pareció ininteligible.

Las voces se elevaron como un eco gavia arriba, y algunas de las palabras, de tan repetidas, terminaron por afligirme. Eran vocablos que deduje serían del romance, aunque no de la parte de Castilla: *febre, tifo, enfermo*. Pero no estaba seguro de haberlos entendido del todo. La tripulación aguardaba la traducción de Martín, ansiosa, como anticipando la gravedad de lo que a punto estaba de decir. Martín de Mihurubi alertó al maestro con un gesto callado y cómplice, no quería que nadie más escuchara lo que tenía que decir.

—¿Qué hacen ahí, caballeros? ¿Acaso no tienen nada mejor que hacer, en vez de permanecer aquí como viejas chismosas?

No surgió el efecto deseado. La intriga había atado de pies y manos a todos aquellos hombres. El aire estaba cargado de preguntas. Dónde estaban los que habían desembarcado con el bote, por qué no regresaban, qué decían los de este otro bote, qué nueva orden llegaba de Lisboa. Martín templó la voz, y pronunció una sola palabra que llegó hasta mis oídos encaramándose a los mástiles.

—¡Fiebre!

—¿Qué clase de fiebre? —el maestro lo preguntó con delicadeza, pero de manera audible—¿En tierra o en los barcos? ¿O en todas partes?

—Por todo, según parece. Es la peste.

El mero hecho de oír el término de peste provocó en todos un espanto inexplicable, y aquella palabra se asomó como una lengua gigantesca a todos los navíos, ¡la peste!, de

una balastrada a otra, ¡la peste!, de proa a babor y vuelta a proa, ¡la peste!, de boca en boca y de tímpano en tímpano, ¡la peste!, la *Ánimas* se constriñó de pavor, ¡la peste!, y lo que hasta entonces me pareció un dulce regazo sobre las aguas del Tajo, ahora se me antojó el arranque de un maremoto. Decidí bajar a cubierta sin esperar ninguna orden.

—Parece que se ha extendido por todas partes, señor, también a los barcos —tuvo que repetir Martín—. Creen que se trata del tifus.

Oír el nombre de la enfermedad nos dejó sin el don de la palabra, nuestras sombras quedaron suspendidas en el aire, heladas, y solo se escuchó el silbido caprichoso del viento. El barco recuperó su inercia, y quietas quedaron por un instante las aguas del río, como si alguien hubiera trabado voluntariamente la rotación del mundo, hasta que uno de los marineros se atrevió a expresar lo que todos los conocedores de la enfermedad pensábamos.

—¡Dios mío! ¡Apiádate de nosotros!

Y como si las palabras hubieran devuelto al mundo su tracción, las aguas del río volvieron a bucear en la dirección de la mar, tal y como lo harán durante los próximos quinientos años, y durante otros quinientos más. La *Ánimas* recuperó el pulso detenido, y en el barco los ruegos y los rezos se repitieron de forma compulsiva, hasta casi bambolear la cabeza de su armazón. Pero lo que verdaderamente hizo tambalearse al barco no fueron ni las súplicas ni las oraciones, sino las locas idas y venidas de la tripulación. Yo también acabé por contagiarme por aquel desorden, pero quería escuchar las explicaciones de Martín de Mihurubi, y me hice a un lado, sin preocuparme de lo que iría a decretarme Juan Sanz de Basurto.

—¿Dices que, según parece, ya se ha extendido por todas partes? ¿Qué quieres decir con que según parece? —el maestro tampoco quería perder el hilo de los acontecimientos.

—Quiero decir que no han hablado con claridad. Que en tierra tampoco saben de qué suerte de enfermedad se trata

exactamente –al de Mihurubi no le gustó la insinuación del maestre–. Nos han impuesto la cuarentena.

—¿Los chicos? ¿Y el señor Isasi?

—Se quedarán en tierra, aislados en lugar cerrado. Por si acaso.

Y volvió a dirigirse a los del bote, y estos le explicaron que existía en Lisboa el Hospital de los Vizcaínos, para los enfermos procedentes de nuestro territorio. Lo que desató el instinto de nuestro maestre.

—¿Y el dinero? ¿Es que nos van a dejar sin el dinero? –por lo que parece, aparte de sus hijos, nuestro maestre tenía otros quebraderos de cabeza.

—Para qué queréis el dinero, si no podemos ni pisar tierra –contestó Mateo, molesto.

—Como sabéis muy bien, hemos invertido en esta empresa gran parte de mi fortuna. Así que lo que ahora importa, lo primero que hay que resolver, es lo del dinero –el de Basurto hizo alardes de su autoridad.

Me ofendió aquella defensa tan vehemente del dinero, como si aquella fuera la cuestión prioritaria, anteponiéndola a la situación real de quienes quedaron atrapados en tierra. Yo, hasta entonces, seguía sin darle al dinero ningún valor superior, y hacía oídos sordos a las quejas que de vez en cuando oía entre la tripulación. A pesar de haber partido en busca de fortuna, no estaba dispuesto a que la fiebre del oro me cegara. Sin embargo, la mayoría allí, con el maestre a la cabeza, sufría del mismo apetito. Antes de que el barco zarpara la primera vez, los hombres recibieron un adelanto. Yo no había recibido nada aún, pero ni se me ocurrió pedirle al maestre lo que me debía. Sin embargo, ya habían dado buen uso a aquel anticipo, ya que la mayoría lo había depositado en manos de sus respectivas familias. La segunda paga la recibirían en Lisboa, pero eran expectativas que por ahora quedaban en saco roto.

Fuera por la falta del dinero prometido o fuera también por miedo a la fiebre tifoidea, la mayor parte de la tripulación quedó vencida en la cubierta de la nave.

—Excepto Martín de Mihurubi y yo —hubiera dicho entonces.

El resto, soñaba con las adquisiciones y placeres que podrían degustar en Lisboa, sin olvidar que las tormentas sufridas durante el trayecto nos obligaban a comprar ropa nueva. Necesidad que en mí, más que en ningún otro, era a todas luces imperiosa, con o sin el desgaste que las tempestades provocan en la ropa.

—¡Menudo cuento! —el encanecido Joanes lo decía enfadado— Resulta que el origen de la fiebre está y estaba ahí mismo, y ahora nos tratan como si la hubiéramos traído con nosotros.

El maestre se rascó la cabeza, como si algo urgente fuera a salir de su pensamiento.

—Y si no lo han dicho con nitidez, ¿cómo sabéis vos cuál es el problema? —el maestre pretendía apaciguar los ánimos.

El maestro meditó largo tiempo su respuesta. Entendí que fuera lo que fuera lo que iba a decir, antes debía cavilarlo lo suficiente. Pero tras un lapso que estimé demasiado prolongado, el maestre volvió a dirigirse a él, entendiendo que Martín no parecía dispuesto a responderle.

—A ver, ¿qué es lo que debemos hacer para evitar que la fiebre nos contagie? —preguntó el maestre, como si los de tierra ya no tuvieran nada que ver con él ni con el barco.

La actitud del maestre empezaba a desesperarme. Y la pregunta trascendental, es decir, de dónde había sacado Martín de Mihurubi que se trataba del tifus, se perdió en el aire, sin respuesta. El cirujano se había atrevido a quedar por encima de la autoridad del maestre, y eso me provocaba una impaciencia asfixiante. Qué quería ocultar Martín de Mihurubi para llegar a dejar al maestre con la palabra en la boca.

Juan Sanz de Basurto había preguntado con voz temblorosa al cirujano qué era lo que se podía hacer, había tanto temor en su consulta, que incluso el viento pareció solidarizarse con su angustia. Reparé en las velas que cubrían los palos. Muchos de nosotros, si supiéramos que de hacerlo saldríamos inmediatamente de allí, seríamos capaces de henchirlas con nuestros propios pulmones. Y seguro que, el maestro, de no tener a sus tres hijos en tierra, no hubiera tardado ni un segundo en dar la orden de zarpar. Pero no podíamos hacerlo. Éramos parte de la *Grande y Felicísima Armada*, y ya estábamos sumergidos en nuestra propia guerra, sin ni tan siquiera haber visto a un solo inglés. No era, además, un enemigo cualquiera. Había llegado sin percatarnos de su presencia, y untado nuestros barcos con el frío barniz de la muerte. Pero junto al nombre de la fiebre, cayó otro nuevo que agudizó mis ansias de escapar de allí.

—¡Ha sido *Aideko*! ¡Ha sido *Aideko* quien nos ha traído la peste! —dijo Mateo, sacando un amuleto del pecho y besándolo solemnemente— Lo mejor sería llamar ahora mismo a un cura, y limpiar el barco con agua bendita. Ni siquiera hemos rezado una oración de gracias.

—¡Pero qué *Aideko* ni qué ocho cuartos! ¡Aquí no hay *Aideko* que valga! —era la voz asustada del maestro— De todas formas, recemos una salve y roguemos. Perdonadme por no haberlo hecho antes.

Juan Sanz de Basurto quiso justificar su olvido indicando que ya había mandado celebrar la rogativa, pero que quiso esperar a que volvieran todos los miembros de la tripulación, y que como no sabía cuándo regresarían, que podíamos hacerlo ahora. Tras arrodillarnos, nos dispusimos a rezar el *María llena eres de gracia*. Entre tanto, los hombres se aferraron a sus respectivos amuletos, para besarlos al término de la oración. El propio Martín de Mihurubi, al que yo trataba con el alias de *El brujo*, también lo hizo, pero con un gesto que no me pareció del todo auténtico, sino de parodia, y no por la

epidemia que nos acechaba, seguramente, sino por aquel cuento del de *Aideko*.

—¡Santo cielo! ¡*El brujo* también! —dije para mis adentros, sin poder dar crédito.

Un hombre que sabía curar con la simple ayuda de unas hierbas, iba a ponerse ahora a creer que aquello era una plaga enviada por el cielo. Porque existía, entre nosotros, la creencia de que ese tipo de males llegaban por el aire, por influencia de un ser fantástico llamado *Aideko*, sí, ¡pero que él lo creyera igual que cualquier otro! Para los vivos, *Aideko* era un falso dios, un espíritu, una sombra, un ánima errante de mal agüero, que ahora despertaba el temor de toda la tripulación. Sin embargo, me equivoqué con el de Mihurubi. Esperó a que la oración concluyera, y una vez que los hombres recuperaron la serenidad y observó que el maestre volvía a retomar el mando, se dirigió a todos nosotros con la intención de ahuyentar a todos los demonios interiores.

—Aquí no hay ninguna manera de *Aideko*, muchachos, esto es Portugal —una leve sonrisa acompañaba la voz de Martín, como aprobando el discurso del maestre—. Si actuamos con juicio y esmero, no tenemos por qué temer a la epidemia; ni en el barco ni en tierra. En mi opinión, estaríamos mejor en tierra, en un lugar abierto, en vez de en este espacio tan cerrado y hediondo. Pero no se nos han dado ni la oportunidad de hacerlo. Por ello, lo primero que debemos hacer es tornar nuestro propio barco en un recinto ventilado y saludable.

Las órdenes fueron concisas. De ahora en adelante, deberíamos hacer nuestras necesidades mayores y menores al aire libre, justo para evitar lo que hasta entonces se venía haciendo sobre cualquier recipiente y en cualquier rincón, en las bodegas y al amparo de los cañones. Porque tanto la orina como el resto de nuestros sobrantes suelen ser los mayores receptáculos y transmisores de cualquier enfermedad. Quien sí se empeñaba en realizar lo suyo con la mayor discreción y pulcritud, como ya he apuntado en alguna otra parte de este



relato, era nuestro cirujano. Y como tal, o habría que decir que como el gran médico que él era, siguió dando órdenes. Y a partir de ese momento, todas las comidas se celebrarían también en la cubierta superior, para poder comprobar con facilidad lo que comíamos y bebíamos.

Recibíamos a diario dos libras de pan, y si no una libra y media de bizcocho, todo en la medida de Castilla, y quien gustara podía elegir también vino, traído de las bodegas de la Armada. Aún así, nosotros preferíamos la sidra a cualquier otro caldo más espeso, y a ser posible la traída por nosotros mismos. Los domingos repartían tocino y arroz, los lunes y los miércoles tres onzas de hueso con alubias o garbanzos, para preparar el cocido, y el resto de los días, es decir, martes, jueves, viernes y sábado, pescado, atún y bacalao. Aunque no siempre el pescado estaba comestible. En esos casos, nos daban pulpo, o en su lugar, cinco sardinas por barba. Los días de buen pescado, también nos daban aceite, una onza y media a cada uno, y vinagre todos los días, un cuarto por persona. Teníamos agua cada vez que la necesitábamos para cocer la comida, o para beber. El de Mihurubi nos aconsejó que no dejáramos de comer tanto el pescado como los cocidos, pero que desecháramos la grasa y los huesos, porque la comida conservada durante mucho tiempo suele acabar por picarse, y termina por ser un vivero de insectos. Y que de seguir comiendo siempre lo mismo, podríamos terminar por criar piojos, y que más nos valía, en ese caso, afeitarnos la barba y la cabeza.

—Estoy dispuesto a afeitarme la barba —dijo Simón, uno de los mayordomos encargados de repartir la comida y la bebida—, ¡pero la cabeza ni hablar! ¡No quiero parecer un penitenciado por la Inquisición!

—¡Dichosa Inquisición! —pensé para mí, y deduzco que Martín de Mihurubi debió pensar lo mismo, a tenor del gesto lánguido de sus ojos. Y aunque solo fuera un gesto que se

derramó con la fugacidad de un grano de arena en la burbuja de cristal, percibí en él un ímpetu no visto hasta entonces.

—¡Cada cuál que haga con sus barbas lo que más le plazca! —concluyó el maestre, tratando de lidiar la disputa que había provocado el consejo del de Mihurubi.

La tripulación no acababa de calmarse. Y Mateo decidió lanzar una pregunta que no entendí en su momento, pero que hoy entiendo iba impregnada de veneno.

—¡Ah, señor! Y no nos pediréis que nos lavemos también como vos acostumbráis, ¿verdad?

Cierto, aquellos hombres utilizaban el agua tan solo para refrescarse la cara, cocer la comida y saciar la sed. Y algunos ni siquiera para beber. Pero no era esa la costumbre de Martín de Mihurubi.

—Sabréis, seguramente —prosiguió el de Mihurubi, decidido—, que algunos dicen que la fiebre encuentra su «medio más propicio» en el mismo aire que respiramos, que es el propio aire quien también se enferma, que la fiebre se extiende a través de este mismo aire, y que ese aire infectado penetra en el cuerpo humano por los poros, y que así es como caemos enfermos, por lo que es preferible no andar mojados, para que esos poros no se abran más de lo normal. Y quien quiera creer que es así, que lo crea. Hay médicos que apoyan esta teoría, pero también hay quienes se inclinan por otra.

—¿Quiénes? —le interrumpió Mateo, enrabiado— ¿Los infieles? O...

—¡Calla, Mateo! —Juan Sanz de Basurto cortó por la sano— ¡Este hombre viene como cirujano bajo mi responsabilidad!, ¡y no permito ni porfías ni retos! Queda dicho, quien quiera hacerlo así que lo haga, y a callar todo el mundo. Si no ya sabes, ¡coge una chalupilla y a tierra!

Mateo me clavó su mirada, resentido, como si en lugar de Martín de Mihurubi, hubiera sido yo el promotor de aquella resolución. No fue más que un instante, pero volvía a dejarme turbado por completo. Joanes, percatado de este hecho, lo

sujetó del brazo y se lo llevó consigo hacia las bodegas, camino del taller que el propio Mateo disponía allí, o quizá, al lugar de las barricas de sidra, directamente. No fueron los únicos que se ausentaron. Quienes desconfiaban de los conocimientos de Martín de Mihurubi también volvieron a sus quehaceres, y hoy puedo decir que fue entonces cuando la tripulación de la *Ánimas* se dividió en dos, claramente.

Sin embargo, el de Mihurubi, lejos de sentirse intimidado, prosiguió explicando que, todos aquellos que estuviéramos dispuestos a seguir sus consejos, laváramos sin falta nuestras ropas, y por segunda vez me dejó la impresión de que, además de las facultades de cirujano y marinero, aquel hombre entrañaba algún otro talento. Y a decir verdad, exceptuándonos a él y a mí, apenas un puñado de marineros atendió sus consejos.

—Perderán el color —se quejó uno de los marineros.

—Volveremos a tintarlos —contestaba Martín.

Yo mismo, sin ir más lejos, tendría que lavar mi casaca, y se lo hice saber a Martín.

—¡Tranquilo! No es necesario que la laves. A decir verdad, este tipo de fiebre se propaga con los piojos y las pulgas, no creo que tú traigas ninguna de las dos cosas en esa prenda. Sé que son unas órdenes algo estrictas, pero las defiendo a sabiendas de que algunos no obedecerán ni la mitad de lo que he dicho. Dejando a un lado a los que han quedado en tierra, no todos aquí lavarán sus ropas, no todos se afeitarán de cuerpo entero, y alguno de ellos caerá enfermo. Ya lo verás, seguro.

Sus explicaciones me dejaron extático. Pero aún seguía habiendo algo que me mortificaba mucho más, y se lo pregunté.

—¿Vos también creéis en los amuletos?

—Sí y no.

Su respuesta no consiguió aplacar mi desconcierto.

—Si alguien, sea quien sea, te regala un amuleto, lo hace creyendo ciegamente en que ha de protegerte. Y gracias a la fe que aquel deposita en el amuleto, siempre te verá así, protegido, lo que le permitirá vivir en paz consigo mismo, y a ti eso, al saber que él cree en ello ciegamente y que así vive en paz consigo mismo, te reportará una paz interior nueva y especial. Su paz será la tuya, y su fe la tuya. Te ayudará a concentrarte en lo que tienes entre manos, y a hacer las cosas como mejor sabes, en eso radica el valor de un amuleto. ¡Para qué otra cosa puede servir, y qué otro tipo de protección te puede dar si no un amuleto!

Lo que de aquel discurso, para mí harto peliagudo, me quedó claro es que Martín de Mihurubi no creía en cuentos como los de *Aideko*, pero no le pregunté quién le había regalado el amuleto, aunque estuviera claro que alguien se lo tuvo que regalar. Entendí también que la fe que él profesaba a aquel amuleto era la misma que guardaba para con *Aideko*, o sea, poca o ninguna. Pero en lo que sí creía ahora, ciegamente, era en la urgencia de afeitarse. Y me pidió que hiciera yo las labores de barbero.

—¿Yo, señor? —dije.

—¡Qué señor ni señorío! Llámame Martín. Aguarda aquí un momento —me ordenó.

Y como si ya supiera de la existencia de la fiebre antes de ser apercebidos por los de tierra, se dirigió a la bodega, y regresó con todo lo necesario para la ceremonia de afeitado; navajas, piedra de afilar, palangana, paños limpios y un pequeño taburete. Nos congregamos alrededor del palo mayor, y se sentó sobre el taburete.

—Hay que predicar con el ejemplo. Rápame la cabeza, Hernando.

—Lo teníais todo bien dispuesto, Martín —le dije, distraídamente, presto a empararle la cabeza.

—¿Me lo vas a hacer solo con agua fría? —me riñó— Échale un poco de grasa para jabonarla y, luego, calienta el agua.

Él mismo me dio la grasa para hacer jabón, y él mismo partió un trozo que depositó en el agua. Calentar el agua, sin embargo, fue tarea más complicada. Tuve que encender una pequeña hoguera en uno de los braseros, y colocar el recipiente sobre él. Mientras tanto, Martín esperaba sentado, con el cuello erguido, los ojos medio cerrados, con un leve vaivén en la comisura de los labios, como si estuviera rezando.

Había adquirido la sana costumbre de afeitarme casi a diario, y sabía que para esas ocasiones no hay nada como un poco de agua caliente. Pero no siempre se podía hacer uso de ella, y más de una vez salí con la cara rubricada. Sin embargo, utilizar jabón era un auténtico lujo para mí. Y a decir verdad, me afeitaba porque aún no me crecía la barba lo suficiente, si no, de buena gana me dejaría crecer una barba opulenta, para que todos pudieran decir, ¡*Ah Sebastián, el bizarro!*<sup>4</sup> Pero era un sobrenombre para el que no había hecho todavía suficientes méritos. No era un barbilampiño, pero tampoco me crecía la barba con empaque. Martín, sin embargo, lucía una barba prominente, y una melena que le ganaba la nuca. Fue placentero empapar toda aquella cabellera, y más agradable aún cortar el primer mechón de pelo. Así me entregué en las labores de barbero, a ratos indagando en el ¡*Sí y no!* de Martín sobre los amuletos, a ratos elucubrando sobre cuál sería su edad, pero sin reunir el suficiente valor como para preguntarle nada sobre una cosa ni otra.

Di por terminada la tarea. En la barbilla y en la cabeza de Martín no quedaba rastro de ningún pelo. Le había dejado la cabeza como una de esas piedras redondas y tersas que tanto abundan en nuestro pueblo, y así se lo indiqué.

—Aún no hemos terminado —me dijo, y levantó uno de sus brazos, señalándome la axila.

Me pareció demasiado, y él lo notó.

—Los piojos no hacen distinciones.

---

4.- Juego de palabras en el original, ya que bizarra significa barba.

Temeroso de si no acabaría pidiéndome que le trasquilara también el resto del cuerpo, le afeitó las axilas. Entonces sí, me dijo que ya era suficiente.

—Basta. El resto lo termino yo. Ahora te toca a ti.

Me senté en el taburete, e inició la tarea. Con habilidad. Con tal habilidad, que por tercera vez pensé en qué otra cosa no sería aquel hombre además de cirujano. No obstante, venía a modo de cirujano y marinero, y no como médico. Pero temiendo que acabaría cimentando un nido de pájaros en mi cabeza, intenté repeler todos aquellos pensamientos. Sin embargo, creo que él, intuyendo lo que venía pensando, se decantó por hablar de la fiebre, con una voz más blanda que los manoseos mezclados con jabón.

—A quienes creen en historias como en las de *Aideko*, no les faltan argumentos. Si el aire se contamina, ¡se acabó! Incluso nos ha parecido sentir algo en el aire esta mañana, ¿no es así?

—Así es —era un sí que di plenamente convencido, como si fuera la primera vez que lo hacía.

—Eso por un lado y, por otro, los quejidos que hemos podido oír, me han dado pistas suficientes sobre de qué tipo de enfermedad se trataba. Tifus, me he dicho a mí mismo. ¡El mal de los barcos!

—¿Eres médico, verdad, Martín?

Afortunadamente se lo pregunté mientras aún blandía la navaja en el aire. Pude comprobar cómo el reflejo del sol bailaba en su filo, lo que me dio a entender la sacudida que había provocado en él mi pregunta. Le tembló la mano. No me contestó.

Me echó la cabeza hacia abajo con una mano, para que la inclinara un poco más, o quizá para disimular su conmoción. Seguidamente, me afeitó la nuca, apenas rozándome la piel, con el mismo cuidado con el que un cirujano corta las arterias de su paciente. Una vez me hube palpado la cabeza, miré a mi alrededor. Aquellos que habíamos seguido las órdenes

del de Mihurubi, parecíamos ahora parte de una nueva tripulación. No obstante, y como él mismo nos había advertido con anterioridad, no todos se habían rapado la cabeza. Entre ellos, Juan Sanz de Basurto. Martín se le quedó mirando.

—Mi cargo me impide quedarme con esa traza de penitente.

La palabra penitente no provocó ahora ni el más mínimo gesto en el de Mihurubi. Su pensamiento estaba en otro parte.

—Tenemos que desembarcar, a la fuerza —le dijo al maestro—. Necesitamos comida.

—Marchar vos, Martín, y a ver si podéis traerme nuevas de los chicos y del señor Isasi.